

DANIELLE PAIGE

CORAZÓN DE



UNA PRECUELA DIGITAL DE LA SERIE
¡DOROTHY DEBE MORIR!

DANIELLE PAIGE

CORAZÓN DE



UNA PRECUELA DIGITAL DE LA SERIE
¡DOROTHY DEBE MORIR!

DANIELLE PAIGE

CORAZÓN DE

HOJALATA

TRADUCCIÓN DE JORGE RIZZO



Rocaeditorial

CORAZÓN DE HOJALATA

Danielle Paige

Todo el mundo conoce al Hombre de Hojalata, el inseparable compañero de Dorothy, el hombre que siempre ha deseado un corazón real para sustituir al de hojalata que lleva en el pecho.

En esta cuarta precuela de la aclamada serie Dorothy debe morir, conoceremos la verdadera historia de lo sucedido después de que nuestro encantador amigo convirtiera su sueño en realidad.

En El maravilloso mundo de Oz, el mago le concedió al hombre un corazón de hojalata, y así vivió feliz durante mucho tiempo —o por lo menos así nos narraron la historia—. Pero en Corazón de hojalata, descubriremos que su corazón desea lo que desea cualquier otro corazón —y el suyo sufre y añora a Dorothy—. El día que ella vuelve a Oz con sus oscuros planes, él hará todo lo que esté en sus manos para que Dorothy se haga con el mando de Oz.

Descubre esta maravillosa reinterpretación de uno de los cuentos clásicos más leídos en el mundo entero.

ACERCA DE LA AUTORA

Danielle Paige, autora best seller de The New York Times por las series Dorothy debe morir y Stealing Snow, trabaja también para la industria de la televisión. Graduada por la Universidad de Columbia, vive actualmente en Nueva York. La serie Stealing Snow será publicada por Roca Editorial en 2017.

ACERCA DE LA OBRA

Adéntrate en el maravilloso mundo de Oz a través de la cuarta precuela de la nueva serie best seller mundial Dorothy debe morir.

También disponibles en ebook las tres primeras precuelas Como en Oz, en ningún sitio, La bruja debe arder y El retorno del Mago.

¡Dorothy debe morir! y Los Malvados se alzarán completan esta exitosa serie.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Otros títulos que te gustarán

Créditos

UNO

La gente dice que no tengo corazón; resulta paradójico, si lo piensas dos veces. He oído los rumores, los cotilleos. Sé lo que se comenta tras las puertas cerradas, y no solo porque tenga espías en todos los rincones de Oz. Pero lo que cuentan no lo es todo, ni mucho menos. En realidad, mi problema era que lo único que siempre deseé fue amor.

Pensad en la primera vez que os enamorasteis. No, de verdad, pensadlo. En el cambio en vuestra vida, que pasó de ser una película en blanco y negro a una en technicolor. (No tenemos de eso en Oz, pero Dorothy me lo ha contado.) Ahora imaginaos que el momento en que os enamorasteis fuera también el momento en que recibiríais vuestro corazón. Y lo digo literalmente.

Yo ya había tenido un corazón, y pensaba que estaba enamorado. Pero luego perdí corazón y novia a la vez, gracias a una maldita bruja malvada: supuse que nunca más tendría ocasión de amar. Pero Dorothy me consiguió un corazón nuevo cuando solo podía imaginarme lo que sería por lo que contaba la gente, sabiendo que yo nunca sentiría algo así, que yo jamás derramaría esas lágrimas, que no viviría aquellas alegrías. Pensaba que tendría que pasarme toda la vida así, en un mundo vacío y sin color, imaginando únicamente las experiencias que todo el mundo vivía casi sin proponérselo. No solo lo de enamorarse, sino todo lo demás. Los primeros momentos de sobrecogimiento, las peleas airadas —porque uno solo puede enfadarse «de verdad» si le importa la otra persona «de verdad»—, llegar a un punto con alguien en el que ya no puedes imaginarte la vida sin esa persona.

Eso yo no lo viviría nunca.

Y entonces llegó Dorothy, y todo cambió. No solo para Oz. También para mí. Todo lo que pensaba que sabía sobre el amor..., bueno, Dorothy reescribió el libro entero. Pensaba que había estado enamorado antes, pero ni siquiera sabía lo que significaba. Ella no se limitó a darme un corazón nuevo. Me dio una vida nueva.

Así que podéis decir lo que queráis sobre las decisiones que he tomado y sobre las cosas que he hecho. Sí, desde luego, he hecho algunas cosas de las que no me enorgullezco. Es posible que incluso haya cometido unos cuantos errores. Siempre he sido una persona compasiva, incluso cuando no tenía corazón. No me gusta ver sufrir a los demás, ni aunque sea necesario. No soy como el Espantapájaros; no disfruto con el dolor de los demás. Y ahora que tengo mi corazón —un corazón que pertenece a Dorothy—, soy consciente de mi propio valor. No necesito empequeñecer a otras personas para potenciar mi ego. Hago cosas importantes todos los días. Estoy a cargo de la seguridad en Oz, y me tomo mi trabajo en serio. De hecho, a decir verdad, es bastante reconfortante. Creo que tengo un talento especial para ello. Pero lo más importante, lo que tenéis que recordar, es que todo lo que he hecho —lo bueno, lo malo y lo no tan bueno ni tan malo— ha

sido por amor. Juzgadme cuanto queráis, pero no creo que podáis decir lo mismo de vuestra propia vida. Eso quiero dejarlo claro. Todo lo que he hecho, todo, absolutamente todo, ha sido por ella.

Todo empezó en el momento en que Dorothy volvió a Oz. No era de nuestro mundo, y nosotros —el Espantapájaros, el León y yo— sabíamos que querría volver a casa. Después de que regresara a Kansas, los tres seguimos nuestro camino por separado. El León se fue al bosque, donde gobernó como rey de los animales. El Espantapájaros regresó a Ciudad Esmeralda, por supuesto, para ocupar el lugar del Mago como soberano de Oz. Y yo volví a la tierra de los winkies, pequeños y peludos, a la que Glinda me envió como gobernador, para que ocupara el lugar de la Malvada Bruja del Oeste. Los winkies eran un pueblo pacífico y más bien soso, y tuve mucho tiempo para pensar en lo mucho que echaba de menos a Dorothy. En la última vez que la había visto, con el rostro bañado en lágrimas al darme un beso de despedida. Había dado un abrazo al Espantapájaros, al León le había dado una palmadita en la cabeza, pero a mí me había dado un beso, sin dejar de llorar, y aunque las mejillas se me oxidaron un poco en el punto en que se habían mojado con sus lágrimas, me dejé las marcas como recuerdo.

Dorothy, una diosa en persona, con su dulce rostro, su vestidito de cuadros, su perrito y su cesta de picnic. Dorothy vio lo mejor en todos nosotros desde el principio. A los tres nos faltaba una parte esencial de nosotros mismos, y a ella nunca le importó. Nos quiso por lo que éramos. Y cuando el Mago me colocó aquel pequeño elemento mágico en el espacio vacío de mi pecho, cuando sentí que su poder me llenaba con un amor aún más intenso que el que había conocido en mis tiempos como hombre normal y corriente, supe que solo había una mujer para mí: Dorothy Gale, la salvadora de Oz.

Así que cuando me enteré de que había vuelto, prácticamente perdí la cabeza. Estaba mirando por la ventana de mi salón del trono, en el palacio de los winkies, cuando uno de los miembros del servicio llamó a la puerta:

—Majestad —me dijo con gran educación, ajustándose los tirantes—, ha llegado un mensajero de Ciudad Esmeralda.

El mensajero era un munchkin, más bien alto y flaco para lo que era habitual en su pueblo. El cabello, de un color negro intenso, le tapaba los ojos, y no paraba de apartárselo en un gesto incómodo.

—¿Su... alteza? —dijo el munchkin, que no tenía muy claro cómo llamarme.

—Así está bien —le dije.

Los winkies no serían gran cosa, pero aun así yo era su rey. Y un rey bastante bueno, por cierto. Aquella gente me adoraba. Preguntadles si no. Bueno, quizá no valga la pena que les preguntéis «ahora». Pero si se lo hubierais preguntado entonces, estoy seguro de que os habrían dicho que en comparación con la malvada bruja de antes habían ganado mucho.

El munchkin hizo una torpe reverencia, se aclaró la garganta, aspiró con fuerza y recitó todo su mensaje sin respirar:

—*Lagloriosaypoderosa Ozmarequieresupresenciaen lafiestaquetendrálugarpara celebrarelregreso denuestraqueridaliberadora Dorothyquehavuelto...*

Aunque en realidad fuera un cojín de trapo, el corazón me dio un vuelco en el pecho.

—Un momento —le interrumpí, y el munchkin aprovechó la ocasión para coger aire de nuevo. Pero yo seguí hablando antes de que pudiera seguir con su torrente de palabras—. ¿Acabas de decir...? ¿Acabas de decirme que Dorothy ha vuelto?

Por un momento, el munchkin pareció confuso. Evidentemente pensar de forma independiente no formaba parte de su trabajo.

—Esto..., sí —dijo por fin.

—¿Dorothy está aquí? ¿En Oz?

El corazón se me disparó. Todo aquel tiempo lo había pasado soñando con una ocasión así, sin atreverme a poner esperanzas en que mi deseo desesperado pudiera convertirse en realidad. ¿Y ahora lo único que quería de verdad estaba de nuevo a mi alcance?

—¿Dónde está?

—Está..., bueno, en el Palacio Esmeralda —dijo el munchkin, añadiendo precipitadamente un «señor» al verme fruncir el ceño.

Las placas de hojalata de mi rostro crujen cuando sonrío o arrugo la frente, y eso a algunos les pone de los nervios. Antes me sentía mal por ello. Hoy en día me resulta práctico.

—Ese era el resto del mensaje —añadió, casi molesto—. Pero me ha cortado.

No le hice ni caso.

—Tengo que salir de inmediato —dije, pensando en voz alta—. Tengo que... Tengo que... ¡winkies! —grité, y una marea de mis súbditos apareció trastabillando en el salón, tropezando unos con otros en su premura por responder a mi llamada—. ¡Preparad mis cosas! ¡Traedme la mejor lata de aceite y engrasadme las juntas! ¡Quiero mi coche listo enseguida! ¡Saldré para Ciudad Esmeralda dentro de una hora!

—La fiesta es mañana —masculló el munchkin.

Me lo quité de encima con un gesto de desdén. Estaba tan nervioso que no me importaba siquiera que se hubiera olvidado de hacer una reverencia antes de salir del salón del trono. Dorothy, mi Dorothy, la chica más bella de este mundo o de cualquier otro, la más amable y la más noble, la de los zapatitos mágicos y el mohín perfecto. ¿Sería posible que hubiera vuelto «por mí»? ¿Se acordaría del beso que me había dado cuando ambos pensábamos que no volveríamos a vernos? ¿Habría alguna posibilidad de que por fin alcanzara la felicidad que había anhelado todos aquellos días en mi palacio, que por fin pudiera tenerla a ella?

*E*staba tan distraído que el viaje a Ciudad Esmeralda se me pasó sin darme cuenta. No había salido de mi palacio desde hacía meses, pero ni siquiera vi el paisaje de Oz que iba pasando a toda velocidad ante mí. No podía dejar de pensar en que volvería a verla. Cuando atravesamos las puertas de Ciudad Esmeralda, con sus incrustaciones de piedras preciosas, pensé que el corazón se me pararía por completo. ¿Cómo iba a hablarle de la profundidad de mis sentimientos?

—Eres mi sol, mi luna, mi cielo estrellado —dije en voz alta, a modo de prueba.

—¿Perdone, señor? ¿Me está preguntando por el tiempo? —dijo mi cochero winkie.

—¡Ocúpate de tus asuntos! —le espeté—. Tus labios son como una rosa —seguí murmurando entre dientes—. Tu respiración como los tulipanes... Oh, no, eso es horroroso.

Desesperado, bajé del carruaje en el momento en que paramos frente al palacio. Con las prisas le di sin querer con la puerta en las narices al cochero.

El palacio era un hervidero de gente, lleno de munchkins que iban corriendo arriba y abajo, de dignatarios que habían llegado antes que yo y que se paseaban por los pasillos con sus mejores galas, y gnomos y pixies parlotando encantados en las esquinas. Unas minúsculas esferas de luz recorrían los salones con un zumbido, dando de vez en cuando contra alguna pared y explotando en una profusión de pétalos de margarita. Una bandeja de pastas recorría un pasillo flotando sobre una corriente de aire con aroma a chocolate, lo cual permitía que los visitantes fueran cogiendo algún tentempié. El último miembro de un pequeño desfile de munchkins que llevaban una madeja de guirnalda de banderines tropezó al pisar una cinta de papel y cayó al suelo, haciendo caer al resto como si fueran fichas de dominó. La guirnalda de banderines se hizo un ovillo sola, tomó la forma de un ave gigante y salió volando hacia el techo, cacareando histéricamente; los munchkins salieron tras ella soltando improperios. Incluso pude ver por un instante a la propia Ozma, con un escotado vestido negro con una larga cola de encaje, pero Dorothy no estaba por ningún lado. Y cuando salí corriendo detrás de Ozma un criado munchkin me detuvo:

—Bienvenido a palacio, señor —dijo, muy serio—. Permítame que le muestre sus aposentos.

—Quiero ver a Dorothy —le espeté, con tal intensidad en la voz que ambos nos sorprendimos—. «Debo» ver a Dorothy.

—Lo siento, señor —dijo él, no tan seguro como yo—. Los invitados de Dorothy deben esperar hasta el banquete de mañana por la noche.

—Yo no soy un invitado —repliqué—. Soy su mejor amigo. ¿No sabes quién soy?

—Por supuesto, señor de Hojalata. Pero me temo que no hay excepciones. Ni siquiera el personal de palacio sabe dónde está Dorothy ahora mismo. Ha pedido que no se la moleste mientras se prepara para la celebración.

Era evidente que insistirle a aquel criado no me iba a llevar a ningún sitio.

—Muy bien —dije—. Puedes enseñarme mis aposentos.

La última vez que había estado en el palacio había sido bajo el gobierno del Mago. Las habitaciones de invitados entonces estaban bastante bien, pero era evidente que Ozma las había reformado todas. Mi habitación tenía el techo muy alto y una cama enorme. Las ventanas tenían un cristal verde, en claro homenaje a su predecesor. Al entrar en el baño se desplegaron unas mullidas toallas verdes que flotaban en el aire, cantando una relajante canción. Y el propio baño empezó a llenarse con un agua de dulce aroma cubierta de burbujas verdes. Apareció un patito de goma verde que lanzaba gotitas verdes al aire.

—Eso no lo necesitaré, pero gracias —le dije, y al momento el agua se fue por el desagüe de la bañera y el patito desapareció.

Me senté en la cama con cuidado, esperando no manchar la suave colcha con el aceite de mis articulaciones. Quería dar la mejor impresión posible. En casa, yo prefería dormir de pie en un armario de madera.

Dorothy quería verme enseguida, por supuesto. ¿Por qué, si no, me había invitado? Sería cuestión de momentos antes de que se presentara en mis aposentos en persona.

Pero no lo hizo. La única explicación posible era que no supiera que estaba en el palacio, de modo que la mañana siguiente me engrasé las juntas rápidamente y me aseguré de que la hojalata de mi rostro y de mi pecho estuvieran perfectamente bruñidas. Y entonces salí a buscarla. Acorralé a la primera munchkin que vi, que estaba limpiando una ventana ya impecable con un cubo de agua en el que nadaban alegremente varios pececitos de colores.

—Tengo que hacerle llegar un mensaje a Dorothy inmediatamente —le solté.

Ella se giró, sorprendida.

—¿Quién...? —dijo, pero luego me reconoció y su gesto irritado se transformó en una sonrisa. Insinuó una reverencia—. Ah, hola, señor. Ojalá pudiera ayudarle, pero...

—Tienes que entender lo importante que es esto. ¡Dorothy tiene que ser informada de que estoy aquí! ¡Tengo que verla!

La munchkin parecía confundida.

—Pero, señor —dijo, educadamente—, Dorothy ya sabe que usted está aquí. Está informada de todos los invitados que han llegado. ¿Quiere ver al Espantapájaros o al León mientras espera al banquete de esta noche? Ellos también llegaron a palacio ayer.

Me la quedé mirando, atónito. ¿Dorothy sabía que estaba ahí? ¿Y entonces por qué no había enviado a nadie a buscarme? La criada me miró con un gesto casi compasivo.

—Sé que Dorothy y su majestad, Ozma, han estado muy ocupadas preparándose para el banquete —añadió—. Me temo que no puedo ayudarle, señor.

Y se giró de nuevo hacia su ventana.

¿Qué podía estar haciendo Dorothy, preparando el banquete, que fuera tan importante como para que no pudiera verme? Me planteé ir en busca del Espantapájaros o del León, pero era a Dorothy a quien tantas ganas tenía de ver, y no quería compartir mi decepción con nadie más. ¿Cómo podía ser que no me llamara, si sabía que ya estaba en palacio? No sería que «no tuviera» tantas ganas de verme como las que yo tenía de verla a ella, ¿no? Eso seguro que no... Pero aun así la duda

empezó a colarse por los rincones de mi mente. Desanimado, volví a mis aposentos, desde donde hice llamar al cochero winkie, y me pasé la tarde jugando al ajedrez con él. Estaba tan distraído que todo el rato jugué convencido de que era una partida de damas: las piezas fueron transformándose de torres y peones en damas. El cochero me dejó ganar igualmente.

Por fin llegó la hora de prepararse para el banquete. Volví a engrasar cuidadosamente mis junturas y llamé a una doncella para que me bruñera el metal y me dejara reluciente. Frotó tanto que pudo verse reflejada en mi pecho de lata. Luego completó una reverencia e hizo ademán de marcharse, pero yo la detuve:

—¡Eres mi sol, mi luna, mi cielo estrellado! —proclamé, poniendo a prueba el efecto que causarían mis palabras.

—¿Perdone, señor? —preguntó la doncella educadamente.

—Oh, no hay esperanza —dije, abatido, hundiéndome en una silla y enterrando el rostro en las palmas de mis manos de lata—. Ninguna esperanza. No sé cómo decírselo. No sé qué debo decirle.

—¿A quién, señor?

—A Dorothy —murmuré entre los dedos—. Tienen que ser las palabras perfectas, para que sepa cómo me siento, pero ha de ser algo que no parezca desesperado: tiene que verme como un hombre galante, y quiero que recuerde todo lo que hemos compartido, y decirle lo guapa que es, y lo especial, lo noble, lo generosa, lo dulce, y buena persona, y...

La doncella cogió otra silla.

—Si me permite un consejo, señor —dijo—, eso son un montón de cosas para decirlas con solo un saludo. ¿Por qué no intenta ser usted mismo, sin más?

Levanté la cabeza y me la quedé mirando.

—¿Qué quieres decir con eso de ser yo mismo?

—Bueno —dijo ella, recurriendo al sentido común—, han hecho un montón de viajes juntos, ¿no? Eso es legendario, señor. Todo el mundo en Oz sabe que usted, la señorita Dorothy, el Espantapájaros y el León derrotaron al Mago, que lo expulsaron, que liberaron a los winkies, y lo honrosamente que se comportó Dorothy con los monos alados... Esas cosas. Usted es un personaje noble, señor. Es un rey y un soldado, y creo que Dorothy tendría que ser muy tonta si eso no la impresionara mínimamente. Así que sea usted mismo. Si tiene que ser, será.

—Pero ¿y si no tiene que ser? ¿Cómo la convenzo?

—Eso no funciona así, señor. No puede convencer a nadie para que sienta lo que no siente. Pero lo sabrá en su momento, estoy segura. Por el modo en que le mire. Esa Dorothy es una chica lista; si no, no podría haber salvado Oz. Si ella también siente algo por usted, no se andará con rodeos. Y, además, está muy elegante.

Aquella joven doncella era la persona con más sentido común que me había encontrado en los últimos meses.

—Es un gran consejo —dije—. Gracias, me has sido de gran ayuda. ¿Cómo te llamas?

—Jellia, señor.

—Bueno, Jellia, estaría bien que no divulgaras esta conversación.

Ella me guiñó un ojo y se pasó los dedos por los labios imitando una cremallera.

—¿Qué conversación, señor?

El salón de baile estaba hasta los topes. Daba la impresión de que todo Oz se había dado cita para asistir al regreso de nuestra salvadora. Una orquesta enorme, situada en el extremo del gigantesco salón, tocaba unos vales alegres.

Sobre los instrumentos revoloteaban un enjambre de mariposas con todos los colores del arcoíris que hacían volar confeti por el aire. Mis viejos amigos Espantapájaros y León estaban allí, por supuesto. El Espantapájaros llevaba un traje nuevo escogido para la ocasión; el manto cepillado del León lucía un brillo dorado. El Espantapájaros fue el primero en verme y me hizo gestos con la mano, muy contento. Crucé aquel salón atestado de gente, abriéndome paso entre montones de ozianos ataviados con sus mejores galas, para saludar a mi viejo amigo.

—¡Has venido! —me gritó para hacerse oír entre el ruido de la multitud; me dio una palmada en la espalda y me estrechó la mano.

El León rugió en señal de aprobación, extendiendo una breve oleada de miedo por entre los asistentes más cercanos, hasta que se dieron cuenta de quién era el que rugía. Por un momento me pregunté si el Espantapájaros estaría resentido; al fin y al cabo, hasta no hacía mucho, aquel palacio había sido suyo. Pero si estaba contrariado por haber sido depuesto por Ozma, no lo demostraba. Por supuesto, tenía la cara pintada, así que a veces era difícil interpretar sus expresiones. En cualquier caso, pese a lo contento que estaba de verlos, tenía otras cosas más importantes *in mente*.

—¿La has visto? —le pregunté al Espantapájaros, impaciente—. ¿Dónde está? ¿Está aquí?

Él me miró largamente, extrañado.

—Yo también me alegro de verte —dijo, riéndose—. Latas, ¿qué te pasa? Hace un montón que no nos vemos y...

Un murmullo se extendió entre la multitud y supe que había llegado. Mi corazón enguatado se me fue a la garganta, dejándome sin respiración. Me giré hacia la entrada principal del salón.

La niña de rostro dulce que yo recordaba había desaparecido: en su lugar, había una mujer tan bella que casi se me saltaron las lágrimas. Su vestido era del mismo estampado de cuadritos azules que llevaba en su última visita a Oz, pero le hacía una figura estupenda y acababa muchos centímetros por encima de la rodilla. Las costuras estaban hechas con hilo dorado que enviaba unos rayos de luz cegadores por toda la habitación: le dejaba a la vista unas piernas largas y pálidas. En lugar de los zapatitos plateados con los que se había ido de Oz, llevaba un par de altísimos zapatos de tacón de un rojo tan brillante que eclipsaban cualquier otro punto de luz de la sala, con un leve pulso que parecía ir al ritmo de su respiración.

Un momento después vi las personas que tenía a los lados: una pareja de viejitos desaliñados, aparentemente perdidos y fuera de lugar, que solo podían ser la tía Em y el tío Henry de los que con tanto cariño hablaba la última vez que había estado en Oz. Pero resultaba difícil encontrar parecido entre aquella gente humilde y la gloriosa criatura que llenaba toda la sala con su radiante sonrisa. El pequeño *Toto*, tan gracioso como siempre, ladraba alegremente a los pies de Dorothy, ajeno a la energía que radiaban sus zapatos. Y, por supuesto, Ozma estaba detrás de Dorothy con una expresión casi... de desaprobación. Al igual que todos nosotros, debía de haberse dado

cuenta de que los ancianos tía Em y tío Henry no pintaban nada en aquel lugar. Pero si estaban con Dorothy, ¿quería eso decir que había vuelto para quedarse?

Dorothy atravesó la alegre multitud, saludando a viejos amigos y a nuevos conocidos con la misma gracia. Tenía la elegancia de una reina. Esperé a que me viera, preparándome para estrecharla por fin entre mis brazos. Pero cuando se acercó, el Espantapájaros corrió hacia ella y la agarró, lanzándola al aire y haciéndole soltar un gritito de alegría. La orquesta se puso a tocar un vals y salieron bailando juntos por la pista de baile, retroiluminada con una luz púrpura. Sabía que él no tenía ni idea de hasta dónde llegaba lo que yo sentía por Dorothy, pero no pude evitar quedarme mirándolos con envidia igualmente. Por fin, como si el Espantapájaros sintiera la intensidad de mi mirada perforándole la cabeza desde atrás, regresó con ella sin dejar de bailar. Llevaba esperando aquel momento mucho tiempo, pero todas las palabras elaboradas que había preparado desaparecieron. Recordé lo que me había dicho la doncella: «sé tú mismo». Pero ahora que tenía a Dorothy entre mis brazos, casi no podía ni balbucir un saludo. De cerca su belleza era aún más impresionante, más imponente. Había una nueva luz en sus ojos y un nuevo rubor en sus mejillas. Aquella Dorothy no se parecía en nada a la niña que me había dejado para irse al Otro Sitio. Aquella Dorothy era una persona nueva.

—¡Hombre de Hojalata! —me gritó al oído, con una voz aún más musical que las notas que tocaba la orquesta.

«Por fin», me dije, y la hice girar a mi alrededor cogiéndola de las manos, para luego bajarla tanto que sus largos pendientes casi rozaron el suelo. Ella se rio, divertida. Tiré de ella, acercándomela al pecho; la orquesta tocó algo más lento, más romántico. La gente nos hizo espacio y formó un círculo a nuestro alrededor, contemplándonos mientras nos movíamos al ritmo de la música, cada vez más juntos. El mundo a nuestro alrededor desapareció: éramos solo ella y yo, el dulce olor a fresas de su cabello, la suavidad de su piel en perfecto contraste con el duro metal de mis brazos y mi torso. Estaba tan sobrecogido que habría podido desmayarme, pero no podía permitir que aquel momento acabara.

—Me alegro mucho de volver a verte —me murmuró al oído, con una suave voz que me provocó un escalofrío—. Te he echado mucho de menos.

¿Lo que veía en sus ojos era un brillo cómplice, una mirada especial reservada solo para mí? ¿Sabía lo que yo sentía sin necesidad de que lo dijera en voz alta? Respiré hondo.

—Dorothy, eres mi estrella bañada de luz de luna... —me lancé, pero ella de pronto fijó la vista en algo por detrás de mi hombro.

—¡Oh, Dios mío! ¡Latas, mira! ¡Es Policroma! ¡Qué maravilla! ¡«Todo el mundo» ha venido a mi fiesta!

—Dorothy, mi estrella bañada de luz de luna... —dije, intentándolo de nuevo, pero ella me soltó de golpe, haciéndome trastabillar hacia atrás, entre la multitud expectante.

—¡Nos veremos pronto, querido Latas! —se despidió con voz cantarina, entrechocando los tacones de sus zapatos rojos.

Cuando recuperé el equilibrio, ya estaba charlando con Policroma. Me habría dado una patada a mí mismo si hubiera sido lo suficientemente flexible. ¿Mi «estrella bañada de luz de luna»? ¿La primera vez que veía al amor de mi vida después de tantos años y la había llamado estrella

bañada de luz de luna? Solté una maldición en voz alta, provocando que un munchkin que pasaba con una bandeja de canapés se me quedara mirando.

—¡Un céntimo por tus pensamientos, vieja lata de aceite! —rugió una voz familiar. Intenté controlar mis emociones mientras el León me daba una vigorosa palmada en la espalda con su enorme zarpa, casi haciéndome perder el equilibrio—. ¿Dónde te has metido, colega? He oído que llegaste a palacio ayer, pero no te he visto hasta ahora. ¿Te escondes de tus amigos?

—En absoluto —dije yo, recogiendo los pedacitos de mi dignidad pisoteada—. Me alegro muchísimo de verte. Es que no me encontraba bien, eso es todo.

—¿No te encontrabas bien? ¡Tío, estás hecho de hojalata! No me digas que te estás resfriando.

—Nada de eso. Simplemente estoy cansado del viaje. ¿Y tú? ¿Todo bien?

El León se hinchó y se lanzó a contar una historia entusiasta sobre su último triunfo, la gestión exitosa de alguna disputa ancestral entre un tejón y un lirón que vivían en el bosque. No pude evitar observar que el aliento le olía bastante.

—¿Y tú? —preguntó él, poniendo fin a su divagación—. ¿Cómo va la vida con los winkies? ¿Has intentado comerte alguno? Tienen pinta de ser durísimos.

—Muy bien, muy bien —dije, prestando atención solo a medias.

Al otro lado del salón, Dorothy había llegado de nuevo junto a Ozma. Intenté cruzar una mirada con ella, pero no lo conseguí. ¿Debía acercarme a su lado o dejar que fuera ella la que se acercara? Había arruinado nuestro reencuentro. Por completo. No me sentía con fuerzas para aguantar al León —predecible y animoso como siempre— ni un momento más.

—Perdóname —dije con un hilo de voz—, pero sigo sin encontrarme bien. Creo que debería volver a mi habitación.

Sobrecogido por la emoción, salí del salón casi a la carrera. El Mago me había dado un corazón, pero no me había dicho cómo usarlo. Había pasado tanto tiempo sin él que me faltaba práctica. Dorothy me había dicho que me había echado de menos. Juraría que me había mirado de un modo especial. Lo había estropeado con mi parloteo, no había sabido decirle lo que sentía, pero... ¿No tendría aún una oportunidad? No tenía ni idea de cómo controlar las pasiones confusas que surgían de mi pecho de metal. Me alejé a toda prisa del baile y volví a mis aposentos. Había dicho que nos veríamos. Me había prometido que sería pronto. Le dejaría recibir los halagos que se merecía, que disfrutara de su momento de gloria. Había esperado mucho tiempo. Podía esperar un poquito más a que llegara el momento de tenerla entre mis brazos de nuevo.

TRES

La mañana siguiente me reuní con el Espantapájaros y el León para desayunar en los aposentos del León. Al igual que los míos, eran muy lujosos, pero en lugar de una enorme cama con dosel como la mía, la del León era como una enorme cama de perro. Habían prestado especial atención a las paredes, que estaban pintadas con animados murales de antílopes huyendo aterrorizados de algún enemigo desconocido..., supuestamente el León. Ni siquiera la magia del palacio podía ocultar el olor característico del León, y los criados aún no se habían llevado un montón de huesos mordisqueados que había en un rincón. En realidad, el León era el único de los tres que comía. Cuando llegamos, estaba dando cuenta de un enorme filete crudo.

—Ser el rey de los animales te abre el apetito —murmuró, con la boca llena de carne.

El Espantapájaros y yo cruzamos una mirada. El León era amigo mío, pero aun así me habría gustado que la vida en palacio le hubiera servido para mejorar sus modales en la mesa.

No sabíamos nada de Dorothy; probablemente ya habría asistido antes a alguno de los desayunos del León, y había tenido el sentido común de perderse aquella segunda oportunidad. Intenté que no se me notara la impaciencia. ¿Dónde estaba ella? ¿Por qué se mostraba tan escurridiza después de hacerme venir a palacio? ¿Sería pura timidez? ¿Sería que ella también se preguntaba si yo sentía por ella lo mismo que ella sentía por mí?

Mi mente era un torbellino de emociones, pero mantuve una conversación educada con el León y el Espantapájaros. Nos pusimos al día sobre lo que habíamos hecho desde la marcha de Dorothy de Oz. El León disfrutaba de su nuevo cargo como rey de los animales, aunque confesó que de vez en cuando se zampaba a alguno de sus súbditos.

—No es lo mejor para mantener la moral del grupo —confesó—, pero hace maravillas en cuestión de disciplina.

Tras su breve periodo como soberano de Oz, el Espantapájaros se había retirado a una mansión rústica hecha con mazorcas de maíz. Me pregunté si sentiría algún resentimiento contra Ozma. Al fin y al cabo, el Mago le había dado «a él» el gobierno de Oz, no a aquella hada advenediza. Pero no nos dio mucha información sobre lo que había estado haciendo todo aquel tiempo.

—Por supuesto, fue una magnífica sorpresa que Dorothy se presentara en mi puerta con esa curiosa pareja de ancianos, Em y Henry —dijo, después de charlar durante un buen rato sobre las dificultades técnicas de la construcción con mazorcas de maíz.

Debo admitir que no estaba prestando mucha atención a su monólogo, pero aquello me llamó la atención.

—Quieres decir en el baile —dije.

—Oh no —respondió él, tranquilamente—. Vino a mi mansión, por supuesto. Prácticamente en cuanto llegó a Oz. Celebré una pequeña fiesta en su honor. Los munchkins estaban encantados. Aunque no creo que Em y Henry lo disfrutaran mucho. No dejaban de hablar de lo mucho que echaban de menos a sus vacas. Algún tipo de mascota parlanchina del Otro Lugar, supongo. Dijeron que tenían unas cuantas.

—¿Y por qué fue a verte «a ti» Dorothy? —dije, claramente ofendido.

El Espantapájaros levantó una ceja pintada en señal de sorpresa. Yo me apresuré a sonreír para corregir mi desliz. Lo que yo sintiera por Dorothy no era asunto de nadie más. Al menos hasta que supiera que ella sentía lo mismo por mí.

—Bueno, supongo que le venía de camino en dirección a Ciudad Esmeralda —dijo el Espantapájaros.

Parecía pensativo y no dejaba de mirarme con sus pequeños ojitos hechos de botones.

—Eso del tío y la tía es muy curioso —dijo el León, entre bocado y bocado—. No me lo imaginaba. ¿No os parece que Dorothy está... diferente?

—¿Diferente en qué sentido? —respondí enseguida—. ¿Qué es eso del tío y la tía?

—Justo después de que te fueras, anoche —dijo el León—, Dorothy se enzarzó en una discusión terrible con sus tíos delante de todo el baile. Y Ozma también perdió los nervios y le gritó a Dorothy. La mandó a su habitación como si fuera una niña. ¿Te lo imaginas? Hoy no se habla de otra cosa. Y ahora «nadie» sabe dónde están Dorothy y Ozma.

—¿Nadie ha visto a Dorothy? —pregunté.

—No desde que se fue del baile —confirmó el Espantapájaros—. Aunque lo más probable es que esté escondida, avergonzada. Pobrecilla.

—¡No te atrevas a hablar así de ella! —espeté—. ¡Es nuestra salvadora! ¡Haría cualquier cosa por nosotros!

El León y el Espantapájaros se me quedaron mirando, sorprendidos.

—Por Dios, Latas, tampoco hace falta que te pongas así —dijo el Espantapájaros, bajando el tono—. No quería faltarle el respeto. Estoy seguro de que Dorothy tendrá sus motivos para no querer ver a nadie.

Me puse de mal humor, pero no quise insistir. De pronto, el León olisqueó el aire.

—Huele a... maquillaje de purpurina —dijo.

Yo levanté la cabeza. Un momento más tarde oí el repiqueteo rápido de unos zapatos de tacón y una risita aguda familiar. Alguien llamó a la puerta de la habitación del León. Antes de que ninguno de nosotros pudiera responder, se abrió de golpe. Era Dorothy, que estaba más radiante que nunca. El aire a su alrededor brillaba y emitía un aura especial. Aún tenía puesto el vestido que había llevado en el baile, aunque parecía ajustarle un poco peor y estaba rasgado por los bajos. ¿Qué le habría pasado? ¿Le habrían hecho algún daño? No parecía... De hecho, tenía una actitud prácticamente triunfante. Sus zapatos brillaban, emitiendo unos destellos rojos que hicieron que el León se protegiera los ojos con una zarpa. Incluso el Espantapájaros se tapó los suyos de botón negro. Y tras ella, flotando unos centímetros por encima del suelo, estaba nada menos que Glinda, la Bruja Buena en persona, con una expresión como la que tendría un gato que se hubiera

colado en un aviario sin supervisión. Los tres estábamos tan sorprendidos que nos quedamos sin voz.

—Mis queridos amigos —dijo Dorothy, con una voz que era más bien un ronroneo de satisfacción, al tiempo que pasaba la mirada por la habitación (y haciendo una breve pausa en los asquerosos restos de comida del León)—, tengo grandes noticias para vosotros. Bienvenidos al nuevo Oz, un Oz mejorado. Ahora soy yo la que dirige el negocio, y todo va a ser *muuuucho* mejor.

Nos la quedamos mirando un momento en silencio, atónitos, mientras Glinda flotaba a sus espaldas, toda ella radiante, salvo por su gélidos ojos azules. El Espantapájaros fue el primero en romper el silencio.

—¡Dorothy! —exclamó—. No sabíamos qué te había pasado después del baile. Desapareciste con Ozma y... —Hizo una pausa, mostrándose todo lo confundido que uno puede mostrarse con la cara pintada—. ¿Dónde «está» Ozma? ¿Y qué hace ella aquí?

Evidentemente «ella» era Glinda, que no parecía nada contenta de que se refiriera a ella con aquel tono tan irrespetuoso.

—Oh, «Ozma».

Dorothy soltó una risita, al tiempo que entraba en la habitación del León con Glinda pisándole los talones. Dorothy buscó con la vista algún lugar adecuado donde sentarse, haciendo una pequeña mueca de desagrado al ver el aspecto de la habitación. ¡Pobre Dorothy! Seguro que estaba acostumbrada a un ambiente más elegante. ¿Cómo no se nos había ocurrido limpiar un poco en previsión de su llegada?

—Mis queridos amigos, tengo muchas cosas que contaros.

Yo no veía la hora de hablar a solas con ella. Necesitaba desesperadamente decirle lo que sentía, escuchar su respuesta. Cerré los ojos, imaginando que estábamos solos. Le acariciaría su precioso cabello mientras ella inclinaba su rostro perfecto para besarme...

—Princesa Dorothy —dijo Glinda con voz suave—, quizá deberíamos retirarnos a una estancia más apropiada para charlar.

¿Princesa Dorothy? Abrí los ojos de golpe. Estaba tan anonadado como parecía el León, pero no iba a demostrarlo. Desde luego para mí Dorothy era una princesa. Pero por lo que yo sabía no tenía sangre real. Era del Otro Lugar, ¿cómo iba a tenerla? ¿Habría viajado de algún modo alguna de las hadas hasta Kansas?

—Tienes razón —respondió Dorothy—. Seguidme todos. Hay que reformar el salón del trono. Ozma tiene un gusto terrible, pobrecilla, pero creo que podemos encontrar alguna sala adecuada, ¿no os parece?

—Sí a su majestad le parece bien, recuerdo una cámara en el edificio principal del palacio que sería perfecta para una reunión —dijo Glinda con voz dulce.

—Desde luego —respondió Dorothy, distraídamente—. Lo que consideres mejor.

Salió contoneándose por la puerta, envuelta en la intensa luz que irradiaban sus zapatos. Todos la seguimos, con un montón de preguntas sin respuesta en la punta de la lengua.

Desde luego, Glinda sabía moverse por el palacio. Me pregunté cómo podía ser y de dónde había salido. Había desaparecido hacía un montón de tiempo. ¿Cuándo había regresado? ¿Y

cómo? ¿Qué demonios estaba pasando? Glinda nos guio por un laberinto de pasillos y corredores de tonos verdes que no reconocí. Había visitado el palacio una o dos veces cuando el Espantapájaros era nuestro noble líder, pero hacía años de eso. Muy pronto me encontré absolutamente perdido. Al igual que muchos de los edificios de Oz, parecía mucho más grande por dentro que por fuera. Y el palacio ya era bastante grande por fuera.

Por fin Glinda nos mostró una gran sala redonda pintada con un tono más suave del verde radiante omnipresente en el palacio. Una elaborada mesa tallada dominaba la habitación, rodeada de pesadas sillas de madera que se movieron educadamente hacia atrás al entrar nosotros, murmurando «Por favor, siéntense».

Una pixie con gafas apareció de pronto entre una nube de polvo gris.

—¡Bienvenidos a la Cámara del Consejo! —gorjeó—. Díganme, ¿en qué puedo ayudarles? ¿Café? ¿Pluma? ¿Papel? ¿Una pizarra?

Glinda le dio un capiroto en el pecho con uno de sus dedos, que acababa en una uña pintada de esmalte rosa. La sorprendida pixie salió despedida hacia atrás, dando una voltereta en el aire.

—Que nos dejes solos —dijo con voz melosa—. Puedes retirarte.

Obediente, la pixie se desvaneció en otra nube de humo.

Nos sentamos alrededor de la mesa y las sillas se echaron suavemente hacia delante sin que nadie se lo pidiera, pero Dorothy y Glinda se quedaron de pie. Bueno, si la inquietante costumbre de Glinda de flotar unos centímetros por encima del suelo podía llamarse estar de pie. Pasó un momento y nadie dijo nada. Me quedé mirando a Dorothy. Estaba más bella que nunca, pero la transformación que había sufrido era aún más evidente que en el baile. No era que pareciera mayor. En realidad no lo era: teniendo en cuenta el tiempo que había pasado en Oz desde su marcha, apenas tenía unos años más que la niña de rostro fresco y natural que había recorrido con nosotros el camino hasta el palacio del Mago y había conseguido que me diera un corazón con el que enamorarme de ella. La diferencia era otra, algo más difícil de describir. Había algo en el brillo de sus ojos y la posición de sus hombros. Era —ahora me daba cuenta— «poder». Dorothy, la nueva Dorothy, era poderosa.

Glinda se aclaró la garganta discretamente y Dorothy la miró. La bruja hizo un pequeño gesto hacia el vestido de Dorothy, que se rio.

—¡Por supuesto! —dijo alegremente—. ¿Cómo he podido olvidarlo? ¡No voy vestida como corresponde para una reunión con mis más queridos... —el corazón me dio un brinco— confidentes!

Agitó una mano y ante nuestros ojos atónitos el desaliñado vestido de noche se transformó en una versión más modesta, pero aun así fantástica, de su viejo vestidito de cuadros. Este, como el vestido de noche, tenía unas finas hebras de oro cosidas que brillaban y atrapaban la luz: se le ajustaba perfectamente en la cintura, pero la falda caía hasta la mitad de las pantorrillas y sus perfectos hombros le quedaban cubiertos por una recatada esclavina blanca. Unas manos invisibles le cepillaron sus enmarañados tirabuzones, recogéndolos con unas cintas de terciopelo azul. Tenía los labios pintados de un rosa pálido muy favorecedor, y en sus elegantes pómulos apareció una sombra de colorete rosa. Sus ojos azules brillaron con una nueva luz cuando miró finalmente hacia nosotros, que la observábamos boquiabiertos.

—Bueno —dijo—, ¿dónde estaba? Oh, no os sorprendáis tanto. —Se rio al ver cómo la mirábamos—. No es más que un poquito de magia. Nada de lo que preocuparse. ¿Qué chica no aprovecharía la ocasión de arreglarse un poco con magia si pudiera hacerlo?

—Pero, Dorothy... —quiso decir el Espantapájaros.

—«Princesa» Dorothy —le corrigió Glinda con suavidad.

El Espantapájaros miró a su alrededor, evidentemente tan sorprendido como nosotros. Parecía que Glinda se tomaba en serio aquello de la «princesa». ¿Qué estaba pasando?

—Princesa Dorothy —rectificó el Espantapájaros—, es que..., bueno, ninguno de nosotros se había dado cuenta de que sabías usar la magia durante nuestro viaje por Oz.

Las cejas perfectas de Dorothy se juntaron en un minúsculo gesto de desagrado.

—Querido Espantapájaros —dijo, muy tranquila—, ¿supongo que no querrás decir que no te parece «bien» que pueda usar la magia?

—¡Por supuesto que no, Dorothy! —se apresuró a responder—. Es que..., bueno, hace mucho tiempo, así que quizá no me acuerde bien del todo. Pero, cuando nos ayudaste al León, al Hombre de Hojalata y a mí en nuestro viaje por Oz y conseguiste que el Mago nos diera lo que tanto deseábamos, no parecía en absoluto que tuvieras ningún poder mágico. ¿Ya lo tenías? Si así era, ¿para qué necesitabas que te ayudara el mago?

Dorothy abrió bien sus ojos azules y lo miró fijamente.

—¿Me estás diciendo que después de todo lo que hice por vosotros, después de todo lo que sacrifiqué para ayudaros, dejando de lado mis propias necesidades, aunque no tuviera ni idea de si podría volver a casa yo misma...? ¿Me estás diciendo que fui «egoísta»? Vaya, yo pensaba... Yo pensaba que vosotros erais mis amigos —susurró, y una lágrima solitaria surcó aquel pómulo perfecto.

No podía soportar verla sufrir, así que salté de mi silla y me puse inmediatamente de rodillas ante ella, cogiéndole la mano.

—Dorothy —le rogué—, no le hagas caso. Claro que somos tus amigos. Tú lo sabes. Nosotros..., nosotros te queremos, Dorothy.

Ella me miró. Me pregunté si entendía realmente lo que le estaba diciendo. No que la quisiéramos «nosotros», sino que «yo» la quería. Su expresión se suavizó y pareció menos dolida.

—Oh, Latas —dijo con voz suave, apoyando una suave mano en mi mejilla—. Tenía que haberme dado cuenta de que «tú» me serías fiel, aunque nadie más lo fuera. Mi querido soldado. ¿Qué habría hecho sin ti, la última vez que estuve en Oz? ¿Sin tu valor y tu «entrega»?

Estaba tan encantado oyéndole decir aquellas palabras que prácticamente pasé por alto el énfasis que había puesto en «entrega». Pero no me miraba a mí, sino al Espantapájaros, frunciendo los ojos. Le habría estrangulado. Ojalá hubiera estado a solas con Dorothy: le habría dicho todo lo que tenía que decirle, que no era solo lealtad lo que sentía, sino amor. Me senté de nuevo en mi silla. Habría jurado que la mejilla me ardía en el punto en que me había tocado. El León soltó un gran bostezo.

—Tengo un poco de hambre —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

Dorothy y el Espantapájaros seguían mirándose el uno al otro, pero este fue el que primero apartó la mirada.

—Por supuesto que no pensamos que seas egoísta, Dorothy —dijo—. «Todos» somos tus amigos. Y tus amigos te quieren —añadió, soltándome una mirada acusatoria—. Simplemente nos sorprende un poco todo esto, nada más. Estamos tan contentos de verte que ni siquiera pensamos con claridad. Y que hayas regresado y de pronto tengas el poder de la magia es una sorpresa aún más agradable.

Dorothy volvió a abrir bien los ojos, como una niña inocente.

—Muy bien, Espanta —dijo—. Entiendo tu confusión. No tenía que haber dudado de mis queridos compañeros. En cuanto a la magia..., bueno, sencillamente no sabía cómo usarla al llegar a Oz. Crecí entre gente muy sencilla. —Hizo una breve pausa: una única lágrima cristalina asomó en la comisura de uno de sus ojos. Estuve a punto de saltar de la silla para limpiársela—. Gente muy sencilla —prosiguió, con un temblor en la voz— que no conocía mis posibilidades. No entendían que era mucho más que una simple niña de la pradera. Me querían, sé que lo hacían, pero simplemente no tenían el valor o la inteligencia necesarios para ver lo que más me convenía. ¿Podéis creer que estaban convencidos de que mi lugar era Kansas? —dijo.

Se estremeció con un gesto gracioso y luego sonrió.

—Pero ahora tengo una nueva familia —dijo—. Una familia que cree en mí. Que sabe todo lo que puedo hacer y que se alegrará de ello, en lugar de querer ponerme límites.

Se giró hacia Glinda, que había estado callada durante toda la conversación, y agachó la cabeza levemente.

—Glinda creyó en mí desde el principio —dijo—. Y va a enseñarme a usar el poder que siempre he tenido sin ser consciente de ello. Todo lo que seré se lo debo a ella. Y a mi talento y mi inteligencia innatos, por supuesto —se apresuró a añadir—. Ya está bien de infravalorarme a mí misma.

—Pero, Dorothy —gruñó el León, desde su silla, donde estaba repantingado, con una zarpa aún manchada de sangre apoyada sobre la reluciente mesa—, ¿eso qué significa realmente?

Dorothy sonrió.

—Quiere decir, queridos míos, que el futuro de Oz está en esta sala. —Hizo una pausa dramática, dejando tiempo para que la palabra «queridos» hiciera estallar la pasión en mi interior—. Quiere decir —dijo por fin, con Glinda flotando a sus espaldas, sonriendo en una nube rosa con aroma a fresas y perfectamente visible— que el futuro de Oz soy yo. Dorothy, la princesa de Oz.

CUATRO

Nos la quedamos mirando sin entender muy bien. Ella irguió la cabeza orgullosa ante nosotros. Yo no iba a cuestionar nada de lo que dijera Dorothy, por supuesto. Nos había salvado a todos, nos había ayudado a satisfacer nuestros deseos más íntimos. Siempre le estaría agradecido, y mi amor iba acompañado de una lealtad inquebrantable. Sus deseos eran órdenes para mí. Pero tuve que admitir que sentí cierto alivio cuando el León se aclaró la garganta y preguntó:

—Esto..., Dorothy, estamos muy contentos de verte, de verdad, ya te lo hemos dicho. Pero ¿qué le ha pasado a Ozma? ¿No es ella la única y verdadera princesa de Oz? ¿O su reina? —Por un segundo pareció confuso—. Ya sabes, la que manda.

Dorothy se encogió de hombros.

—Oh, Ozma —dijo, apenada—. Lo ha hecho lo mejor que ha podido, por supuesto, pobrecilla. Pero todos sabemos que no estaba hecha para la labor de gobierno. ¡Para gobernar un país hace falta algo más que magia, tontorrones! Hace falta lo que tenéis vosotros por separado: cerebro, valor y corazón. Y yo tengo esas tres cosas en abundancia.

Respiró hondo y paseó la mirada por la sala.

—Estaba tan contenta de haber regresado —explicó— que ni siquiera me paré a pensar que quizá me hubieran traído aquí otra vez por algún motivo. No estoy aquí simplemente de vacaciones, por estupendo que sea volver a veros a todos —añadió, posando la mirada inequívocamente en mí—, pero ayer me di cuenta, gracias a Glinda, de que en realidad estoy aquí por un motivo. Oz está desatendido. Hay disturbios en algunas zonas. Oz me necesita. Y mi deber es asumir el poder hasta que Oz se recupere.

La sorpresa se extendió por la sala. Hasta yo parpadeé, asombrado, al asumir los tres lo que implicaban sus palabras. Dorothy no quería decir que fuera una princesa. Quería decir que era «la» princesa. Planeaba convertirse en la soberana de Oz. Pero ¿cómo? Por lo que yo había oído, Ozma era una criatura extraña, aunque no la había visto mucho. Pero las hadas siempre habían sido las soberanas de Oz por derecho. Y no podía imaginarme a Ozma cediendo el poder a la primera persona que afirmara que estaba más cualificada para dirigir el cotarro.

—Y aquí es donde entráis vosotros —prosiguió Dorothy, haciendo caso omiso a nuestra sorpresa—. Os necesito más que nunca. Necesito asesores de confianza a mi lado, mientras devuelvo Oz al lugar glorioso que ocupó en otro tiempo. No puedo gobernar Oz sin vuestra ayuda.

—Pero Oz ya es un lugar glorioso —dijo el Espantapájaros lentamente—. ¿Dónde está Ozma exactamente, Dorothy?

Al oír aquello, Glinda se acercó y apoyó una mano delicada y fina sobre el hombro de Dorothy. Sonreía amablemente, pero observé que los nudillos de la mano que agarraba a Dorothy estaban

blancos.

—Mi querida Dorothy —dijo con gran suavidad—, debes comprender que todo esto resulta muy confuso para tus viejos amigos. Ha ocurrido muy rápido.

Ella sonrió con un gesto tierno al Espantapájaros, y luego al León y a mí.

—Dorothy, que es un alma caritativa, quiere proteger la reputación de Ozma al no decirnos toda la verdad. Veréis, Ozma ha estado robando la magia de Oz durante años. Me exilió a mí, la única persona lo suficientemente poderosa como para descubrir su secreto, pero cuando Dorothy llegó supo que había posibilidades de que ella lo descubriera. Fingió ser amiga de Dorothy simplemente para tenerla controlada. Pero lo había planeado todo para devolver a Dorothy al Otro Lugar a la primera ocasión que se le presentara. Y a punto ha estado de conseguirlo. Esta mañana, Ozma se ha llevado a Dorothy, a su tía Em y a su tío Henry del palacio: pensaba matarlos a los tres con su magia. Gracias a Dios, yo pude escapar de mi destierro justo a tiempo para proteger a Dorothy, pero aun así la magia de Ozma ha matado a sus tíos.

Zarandeó a Dorothy levemente y esta abrió los ojos, llenos de lágrimas.

El corazón se me encogió de la pena. ¡Mí pobre Dorothy! ¿Cómo podía mantener la compostura siquiera, después de una impresión tan grande? Debía de tener los nervios de acero, pensé, con admiración. Para no volcar sobre sus amigos el peso de su terrible pesar, se había hecho la fuerte ante nosotros. Era simplemente increíble.

—En la batalla —prosiguió Glinda—, la magia de Ozma se le volvió en contra y le borró la memoria. No recuerda nada de lo que intentaba hacer.

—Por eso has podido perdonarla —dije, con el corazón lleno de admiración ante el magnífico acto de compasión de mi amada—. Porque ella ni siquiera recuerda lo que ha intentado hacerte. Eres demasiado buena como para usarlo en su contra, ahora que sabes que no volverá a intentarlo.

—¿El qué? —preguntó Dorothy—. Ah, sí. Sí, eso es, exactamente. Por eso pude perdonarla. —Agitó los pies, posando la mirada en sus brillantes zapatos—. Pero gracias a estos zapa...

—Gracias a Oz —se apresuró a interrumpirla Glinda—. No sabemos qué es exactamente lo que te permite acceder a la magia de Oz, así que más vale no especular. Pero sabemos que puedes devolver la magia que Ozma robó: eso es lo único que importa.

—Es posible, simplemente, que Oz quiera protegerme —sugirió Dorothy—. Si Ozma puede convertirse en una enemiga, ¡a saber quién más puede querer hacerme daño! —Me miró a mí, con ojos suplicantes—. Necesito toda la protección que sea posible —dijo, y estaba claro que esas palabras iban dirigidas a mí. Erguí la espalda—. En cualquier caso, he descubierto que puedo recurrir a la magia de Oz. Puedo usar su poder como se debe, amigos míos. Puedo convertirme en la soberana que se merece Oz..., y es exactamente lo que pretendo hacer.

—Hasta que le devolvamos la magia que Ozma robó —añadió Glinda—. Y luego nombraremos un sucesor oficial del hada traidora.

Dorothy parpadeó.

—Exacto —dijo al cabo de un momento.

Cuando Dorothy y Glinda acabaron de hablar, todos nos quedamos en silencio un momento. El León parecía confundido. Por su parte, el Espantapájaros parecía..., bueno, si no lo conociera bien, habría dicho que parecía desconfiar. No tuve que preguntarme si mi rostro reflejaba la

consternación del León, ya que era una máscara de hojalata, pero tenía que admitir que no entendía del todo lo que decían Dorothy y Glinda. No quería cuestionar a Dorothy ni dudar de ella. Pero tampoco quería pensar demasiado en lo que nos había contado, porque había algo un poco... raro. Oz seguía teniendo muchísima magia. Ozma nunca había parecido muy mala, ni se había mostrado celosa. Pero yo había viajado con Dorothy durante meses. Habíamos pasado de todo juntos. La «conocía». No solo era guapa y amable, era una buena persona. Además, acababa de perder a sus tíos. No era de extrañar que dijera cosas sin mucho sentido (aunque, pensándolo bien, tampoco parecía muy afectada). Glinda era una bruja buena, y nunca haría nada para poner en peligro el futuro de Oz. Dorothy nos había salvado a todos. Más aún, era la mujer que yo amaba. Y se estaba ofreciendo para asumir la enorme responsabilidad de gobernar Oz, lo cual podría tener un enorme coste para ella. ¿Qué mujer sería capaz de tal sacrificio y tanto valor?

Me puse en pie, apartando la silla de la mesa.

—Lo único que necesito saber es que estoy a tu servicio —dije, maldiciéndome por dentro al oír un chirrido en la mandíbula que restaba nobleza a mis palabras—. Estaré a tu lado, princesa Dorothy, en todo lo que me pidas.

Planté una rodilla en el suelo y bajé la cabeza en una sentida reverencia.

Dorothy me cogió la barbilla con una mano fría y me levantó la cabeza, situándome frente a sus ojos de un azul profundo.

—Mi magnífico Hombre de Hojalata —dijo con voz suave—. Tan leal y tan valiente. Sabía que serías el primero en ponerte de mi lado, y no lo olvidaré.

Seguí arrodillado. Sus zapatos brillaron aún con más fuerza, rodeándome con una luz roja que palpitaba como un corazón. Casi podía oírles susurrándome palabras que no acababa de distinguir. La luz me llenó los ojos hasta que perdí de vista la sala: un zumbido me invadió los oídos. Una bruma roja flotaba sobre mi cabeza, formando una mano enorme y poderosa que se lanzó en mi dirección. Antes de que pudiera moverme o soltar un grito, los enormes dedos me atravesaron el pecho, dirigiéndose hacia mi corazón de trapo.

De algún modo, aunque fuera imposible, sentí cómo rodeaban la suave tela. Sentí que me invadía el poder; poder y una emoción nueva y desconocida: la rabia. Todo estaba cambiando. Ya no sentía la mano de Dorothy bajo mi barbilla ni oía los ruidos de la sala en la que estábamos. Estaba de pie en un patio de mi palacio, en el país de los winkies, con una multitud de acobardados winkies a mis pies. Las piedras a mi alrededor estaban manchadas de rojo y tenía los dedos cubiertos de sangre. Había hecho algo terrible, pero no sabía qué era. Me sentí horrorizado, pero al mismo tiempo también sentía otra cosa: euforia. La convicción de que nadie podría evitar que les hiciera lo que quisiera a los winkies que imploraban a mis pies. El cielo estaba teñido del mismo rojo intenso de los zapatos de Dorothy. A lo lejos oí que alguien gritaba algo confuso que poco a poco se hizo más claro.

—¡Hombre de Hojalata! ¡Hombre de Hojalata!

El castillo y los winkies desaparecieron. Volvía a estar en la Cámara del Consejo. Dorothy estaba de rodillas, rodeándome con sus brazos y llorando.

—¡Hombre de Hojalata! ¿Estás bien?

Regodeándome con su contacto, dejé que su abrazo se alargara un poco, para luego apoyar las manos en su espalda y murmurar:

—Estoy bien. Todo va bien.

Ella se echó atrás, me sujetó de las manos y me miró.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—No lo sé —respondí—. Creo... Debo de haber tenido un sueño. Pero no estaba dormido. Ha sido... terrible, Dorothy. He soñado que hacía algo... —Me detuve. Iba a decir «horrible», pero no me parecía que fuera la palabra adecuada. En mi visión había hecho algo «poderoso». Algo, lo supe de pronto, que era para ella. No, «horrible» no era la palabra adecuada, en absoluto—. He soñado que hacía algo terrible —dije de nuevo, ya con la voz más clara—. Pero ha valido la pena, porque era para ti.

En el rostro de Dorothy se reflejaron el asombro, la admiración y algo más. Estaba seguro de que era amor. Tenía que serlo.

Levanté la vista. Glinda, situada detrás de Dorothy, me miraba con frialdad: su rostro encantador no mostraba ninguna emoción. Pero aunque solo fuera por un segundo habría podido jurar que vi una chispa en lo más profundo de sus ojos de un azul transparente. Una chispa tan roja y brillante como los zapatos de Dorothy. Aunque no movió los labios, oí su suave voz resonando en el interior de mi cabeza: «Alguien debe proteger a la nueva princesa. ¿Aceptas este honor?».

—Claro que sí —dije en voz alta, mirando de nuevo el radiante rostro de Dorothy—. Por siempre jamás. Lo haré.

CINCO

*T*ras nuestra reunión, las cosas quedaron mucho más claras. Dorothy, siempre tan generosa, nos dijo que permitiría que la traidora de Ozma permaneciera en palacio, pero estaba claro que tras su traición no volvería a gobernar Oz. Los cinco acordamos que la mejor solución sería que Dorothy gobernara en nombre de Ozma hasta que encontrara un modo de revertir el daño que esta había provocado. Glinda señaló que a los confidentes más próximos a Dorothy en Oz —más próximos que la propia Glinda, añadió en un gesto de modestia—, el León, el Espantapájaros y yo mismo, se nos asignaría un nuevo nivel de responsabilidad. Cabía la posibilidad de que Dorothy tuviera otros enemigos en palacio, y nuestra misión era protegerla. Yo sabía que lo que estaba diciendo realmente Glinda era que yo era el protector de Dorothy. Aquella tarea se me había encomendado a mí. Y sabía que no fallaría.

Mientras hablábamos, el estómago del León rugió sonoramente. Dorothy dio unas palmaditas y se rio.

—¡León tontorrón! Nunca cambiarás. Ve a buscarte algo que comer. Espanta y Latas, ¿por qué no os retiráis de momento? Glinda y yo tenemos muchas cosas de las que hablar. Y, Latas... —me giré hacia ella al momento—, ¿por qué no vienes a verme después de la cena? Solo, quiero decir.

Estaba tan azorado que solo pude murmurar un sí; luego me quedé maldiciéndome a mí mismo mientras seguía al Espantapájaros y salíamos por la puerta. Si seguía quedando como un tonto delante de Dorothy, nunca me consideraría como pretendiente. El León salió dando saltos por delante de nosotros, impaciente por echar el diente a su siguiente comida. En cuanto la puerta de la Cámara del Consejo se cerró tras nosotros, el Espantapájaros me agarró del brazo.

—¿Qué demonios crees que está sucediendo? —me susurró—. Todo eso de Ozma, el regreso de Glinda y que Dorothy tome el control... Nada de eso tiene sentido.

Me quedé callado un momento y seguimos caminando hacia el salón de banquetes. Quería llevarle la contraria, hacerle callar. Pero en realidad solo estaba repitiendo lo que yo mismo había pensado unos momentos antes.

—Estoy seguro de que Dorothy nunca haría ningún mal a nadie —dije por fin.

De eso, al menos, estaba seguro.

—Desde luego el regreso de Glinda es una coincidencia muy práctica —añadió—. Ha llegado justo en el momento idóneo, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir? —pregunté, aunque yo ya había pensado en ello.

—Supongo que eso no importa. Lo que «sí» importa es que ahora es Dorothy quien manda, al menos de momento. Y eso nos abre nuevas oportunidades. El León es un tonto, siempre lo ha sido,

pero tú y yo... —Hizo una pausa significativa—. Se acabaron las mazorcas de maíz y los winkies, de eso puedes estar seguro —dijo al ver que yo no respondía.

—A mí no me interesa el poder —respondí, convencido—. No me importa ser rey de los winkies, pero no soy ambicioso.

—Desde luego no en ese sentido —dijo él con una sonrisa—. Pero creo que tienes otras aspiraciones *in mente*, ¿no?

—No sé qué quieres decir —dije, muy digno, y él se rio.

—No importa. Ambos estamos más cerca que ayer de conseguir lo que queremos, dejémoslo en eso. Tú sigue intentando conquistar a Dorothy, viejo amigo. Eres un gran partido. Pero yo tengo otros intereses. No voy a hacer demasiadas preguntas sobre lo que trama Glinda, y tampoco creo que tú deberías hacerlas.

—Yo nunca dudaría de Dorothy —dije sin hacer caso a lo que realmente me estaba diciendo.

—No, sé que no lo harías. Creo que eso nos ha quedado bastante claro a todos.

Dorothy no se presentó a la cena. Intenté disimular mi decepción mientras el Espantapájaros y yo contemplábamos al León, que engullía sin contemplaciones un montón de muslos de pollo. El ambiente en el salón de banquetes era tranquilo. Llamaba la atención que la silla de Ozma —una gran butaca verde como un trono, tallada con imágenes de diversos lugares de Oz que cambiaban al mirarlas— estuviera vacía. El León y el Espantapájaros charlaron animadamente, pero yo estaba demasiado distraído como para participar. Mi conversación de la tarde con el Espantapájaros me había dejado intranquilo. Por fuera, él seguía siendo el mismo tipo animado. Pero había un nuevo y extraño brillo en sus ojos negros de botón que me resultaba incómodo. ¿Estaba ocultándome algo? ¿Sería ese el futuro de Oz, todos sospechando unos de otros? Pensé con nostalgia en el pasado, cuando todos disfrutábamos inocentemente y con alegría de nuestro viaje. Echaba tanto de menos aquel tiempo que por un momento pensé que sacrificaría un futuro con Dorothy si a cambio pudiera recuperarlo: solos los cuatro, vagando juntos por Oz.

Me quedé mirando mi plato, con emociones divididas de excitación y desasosiego. Por fin iba a estar a solas con Dorothy, descubriría para qué quería verme. ¿Sería...? ¿Sería que ya estaba lista para confesarme sus sentimientos? Intenté no hacerme demasiadas ilusiones, pero las señales que me había estado enviando desde el banquete no tenían otra lectura. ¿Qué otro motivo podría haber?

Pero ¿qué demonios les estaba pasando a mis viejos y más queridos amigos? ¿Qué intrigas se estaban cocinando bajo la superficie? ¿Qué retorcida trama acechaba en el corazón de Oz?

Salí del salón de banquetes en cuanto encontré el modo de excusarme. El Espantapájaros, al verme separar la silla de la mesa emocionado, le murmuró algo al León entre dientes y ambos se rieron, pero no me importó. Había llegado el momento de la verdad. Pasara lo que pasara, iba a decirle a Dorothy lo que sentía. Entonces descubriría si mi amor era correspondido. «Tenía» que serlo, me dije, con el corazón desbocado mientras me acercaba a los aposentos de Dorothy. No podía ser de otro modo.

Ella ya se había instalado en los antiguos aposentos de Ozma. No había tenido mucho tiempo para cambiar la decoración a su gusto: aún había muchos velos verdes, enredaderas en las esquinas de la habitación punteadas con flores de dulce aroma que de vez en cuando liberaban una

nube de mariposas perfumadas, y desde algo parecido a un armario llegaba el borboteo de un alegre arroyo. Sin embargo, Dorothy se había traído un tocador enorme de algún sitio. Ya lo tenía cubierto de botes, cremas, coloretos y pinceles, frascos de perfume y jarrones con enormes ramos de flores. De pronto sentí una oleada de celos. ¿Quiénes serían los admiradores que le habían enviado flores? ¿Por qué no había pensado yo en ello? Pero entonces Dorothy se giró hacia mí, y cualquier otro pensamiento desapareció de mi mente.

Estaba sentada ante su tocador, con un suave vestido de seda que le caía desde los hombros en una cascada de tejido que brillaba a sus pies. Llevaba el largo cabello suelto, cepillado: su brillante melena le cubría los hombros. Me miró con aquellos ojos azules, grandes e inocentes. Sin pensarlo, crucé la habitación y me arrodillé apoyando una rodilla en el suelo y agachando la cabeza.

—Dorothy —dije, sobrecogido por la emoción.

Ahora que estaba allí, ahora que estaba preparado, allí mismo, sentía que no había palabras que pudieran expresar la verdadera profundidad de mis sentimientos.

—Oh, Latas —dijo ella con tono amable—. No te arrodilles ante mí, querido amigo. Me hace sentir como si todo hubiera cambiado.

Apoyó su fina mano bajo mi barbilla y me hizo levantar la cara, de modo que pudiera mirarla directamente. Me costaba apartar la vista del profundo escote de su vestido. Me concentré en su boca de color rubí, que no era menos seductora.

—Pero es que «todo» ha cambiado, Dor..., alteza —dije—. El Espantapájaros y el León se han convertido prácticamente en extraños. Tú ahora tienes toda esta magia... y estás gobernando el reino. Y la bruja...

—Yo confío en Glinda —dijo Dorothy, con firmeza—. Y tú también deberías.

Rodeé ambas manos entre las mías.

—Dorothy —dije, casi sin aliento—. Huye conmigo. Lejos de lo que sea que esté ocurriendo aquí. Oz se arreglará solo. Yo te protegeré. Lo juro.

Ella esbozó una sonrisa triste: contemplé horrorizado que sus ojos azules se llenaban de lágrimas.

—Querido Latas... —dijo con voz suave, mientras una única lágrima caía sobre la seda de su vestido—. Sabes que no puedo hacer eso. Oz me necesita. ¿Por qué, si no, me han traído hasta aquí? Es mi deber. Ya he perdido mucho. ¿Qué más me da perder también mi libertad? ¿Mi seguridad?

Suspiró y apartó la mirada, pero no me soltó las manos. Viéndola así, el corazón se me partía en dos. Era tan bella... ¡Y tan noble!

—Dorothy —dije, haciendo acopio de todo mi valor—. Sabes que... Sabes que haría cualquier cosa por ti. Te mantendré a salvo, te lo juro. Te protegeré.

Ella me sonrió.

—Nunca te pediría algo así, querido Latas. No, vuelve a tu reino, a la vida que tenías antes de mi regreso y antes de que todo se volviera del revés. Al menos uno de los dos debería tener una posibilidad de ser feliz.

Me puse en pie de un salto y ella se me acercó.

—¡Dorothy, nunca! ¡Nunca me apartaré de ti! Déjame quedarme a tu lado. Déjame ser tu protector. Por favor, Dorothy, es todo lo que deseo. —Respiré hondo, apretándola contra mi pecho, mientras ella levantaba la cara y me miraba, conteniendo el aliento—. Dorothy, yo te...

En aquel momento, la puerta de los aposentos de Dorothy se abrió de golpe y apareció Glinda volando, seguida de cerca por el Espantapájaros.

—¡Oh! —exclamó Dorothy, sorprendida, y me soltó.

La boca de Glinda se torció en una mueca como de suficiencia.

—Espero no estar interrumpiendo nada —dijo con su voz empalagosa.

—Oh, no —repuso Dorothy, azorada, alisándose el vestido con la mano. Se sentó de nuevo ante el tocador, evitando mirarme. Tuve la impresión, aunque no podía estar seguro de ello, de que el Espantapájaros hacía esfuerzos por no reírse—. Latas me estaba diciendo... Ahora mismo me decía que se quedaría en el palacio, para ser mi protector.

—Qué fantástico —exclamó Glinda, encantada, borrando todo rastro de su mueca burlona—. Qué buen amigo que tienes. —Me miró, encantada—. Estoy segura de que harás un trabajo fantástico, aunque no creo que nuestra princesa corra ningún peligro «inmediato» aquí, en Ciudad Esmeralda.

—¡Podría tener enemigos en cualquier lugar! —dijo Dorothy, algo malhumorada—. Todo el mundo me tiene envidia.

—Estoy segura de que por ahora mi magia basta para que estés segura —dijo Glinda—. Pero quizá al Hombre de Hojalata se le ocurra algún medio de defensa alternativo.

En lo más profundo de sus ojos vi aquel escalofriante brillo rojo otra vez. Por primera vez desde mi regreso al palacio tuve miedo de verdad. Sentí la apremiante necesidad de sujetar a Dorothy y salir corriendo por la puerta, huir con ella al palacio de los winkies, al Mar de Flores..., a cualquier lugar lejos de allí. A algún sitio donde estuviera segura, donde todo aquello no fuera más que una pesadilla. El brillo rojo se transformó en una chispa y sacudí la cabeza. De pronto no recordaba qué estaba pensando.

—De momento yo puedo encargarme de la seguridad de Dorothy —decía Glinda—. Pero necesitamos más poder. Más fuerza.

Estaba hablando con Dorothy, pero me miraba a mí: la chispa roja brillaba con la misma cadencia que los zapatos rojos de Dorothy, como en un latido sincronizado.

—Se me ocurrirá algo —dije, sin pensarlo, poniéndome en pie como si una fuerza ajena a mí se hubiera hecho con el control de mis piernas y me estuviera sacando de la habitación.

—Buenas noches, Latas —dijo Dorothy, y la puerta de su habitación se cerró ante mis narices.

Volví a mis aposentos y me quedé mirando por la ventana un momento. Le había prometido a Dorothy que la ayudaría. Que la protegería. Pero si Glinda no me dejaba acercarme a Dorothy, ¿cómo iba a hacerlo? Tardé un rato hasta dar con la respuesta obvia: una princesa necesitaba un ejército, y un ejército necesitaba un general. Eso era lo que Glinda intentaba hacerme ver. Pero ¿dónde iba a encontrar esas tropas? Y entonces se me ocurrió: por supuesto. Yo tenía mis propios súbditos. Lo más sencillo sería traer a los winkies a Ciudad Esmeralda para que ellos protegieran a Dorothy mientras ella misma y Glinda buscaban un medio para recuperar la magia que Ozma había robado.

Una vez decidido, solo me quedaba salir del palacio. No le conté mis planes a Glinda ni tampoco a Dorothy. El ejército sería mi regalo para mi amada. Me pasé el viaje de regreso al reino de los winkies imaginándome su reacción cuando le presentara su nuevo ejército. Sus pálidas mejillas llenándose de color, sus ojos iluminándose, sus labios rojo rubí abriéndose en una expresión de alegría y asombro. Por fin mis acciones le dirían lo que no había sido capaz de decirle con palabras. ¿Y cómo iba a decirme que no, al ver hasta dónde llegaba mi devoción? Sabía que sentía algo por mí, lo sentía en lo más profundo de mis juntas metálicas. Se notaba en sus miradas, en cómo se me había acercado en su habitación. En todo lo que me decía. Me quería, estaba seguro de ello..., pero era demasiado buena, demasiado desprendida, como para permitir que sus sentimientos se interpusieran en el camino de sus obligaciones para con Oz. Pero una vez ella y Glinda recuperaran la magia robada, seríamos libres para estar juntos. Glinda encontraría un sucesor legítimo, y Dorothy y yo podríamos irnos... Bueno, podríamos ir donde quisiéramos. Yo siempre había querido visitar a Policroma y ver las cascadas del Arcoíris. Quizás incluso hacer una travesía por el Mar de Flores. Por lo que había oído, eran los lugares más románticos de todo Oz, pero nunca había tenido a nadie con quien compartirlos.

Estaba tan perdido en mis ensoñaciones que el viaje se me pasó en un suspiro. Ni siquiera me paré a descansar o a refrescarme cuando llegué a mi palacio. Entré en la sala del trono y llamé a gritos a mi chambelán, Norbert. Norbert era el winkie más digno que había podido encontrar entre mis súbditos: por encima del traje tradicional winkie, compuesto por pantalones cortos y tirantes, le gustaba llevar una chaqueta formal y unos quevedos. Desgraciadamente, con su metro de altura y el pelo amarillo resultaba difícil transmitir una imagen de profesionalidad. El palacio de los winkies era bastante cómodo, y yo no era un gran decorador, así que nunca me había animado a hacer grandes cambios, aparte de poner muebles lo suficientemente grandes como para un hombre de talla normal en mis aposentos. Los winkies eran muy aficionados al arte, aunque no grandes artistas, y las paredes del salón del trono estaban pintadas con una serie de vistosos murales que representaban escenas alucinatorias con winkies de un amarillo radiante en una serie de paisajes de Oz: winkies flotando sobre los campos de amapolas, winkies escalando cordilleras, winkies navegando en minúsculas aeronaves por encima del Mar de Flores, winkies chapoteando en las cascadas del Arcoíris... De pronto caí en la cuenta, por primera vez, de que eran horriblos. Había dejado que los winkies hicieran todos los cambios que habían querido tras la derrota de la Malvada Bruja del Oeste, pero quizás hubiera tenido que ser algo más estricto con ellos.

Cuando Dorothy hubiera devuelto su magia a Oz y ya no tuviera que vivir en Ciudad Esmeralda como soberana, le pediría que viniera a vivir conmigo. No obstante, para ser honesto, me costaba imaginármela en aquel lugar. Quizá debiera hacer reformas. Pero todos esos planes podían esperar. Tenía asuntos más urgentes que atender.

—Mañana por la mañana, mis súbditos deben reunirse en el patio —le anuncié al chambelán, que garabateaba furiosamente en su omnipresente cuaderno, empujándose hacia arriba las gafitas que le resbalaban progresivamente en dirección a su frondoso bigote dorado—. Quiero que estén todos. Desde el niño más pequeño al más viejo de los ancianos. Tengo que hacer un anuncio tremendamente importante.

Él asintió, aplicado, articulando las palabras al tiempo que las iba escribiendo.

—Sí, señor —dijo, alegremente—. Me ocuparé de ello, señor. ¿Quiere su habitual baño de aceite, señor? Tenemos unos aceites artesanales nuevos muy agradables procedentes del País de los Quadlings. Y Policroma le ha enviado un nuevo folleto de viajes. Es algo alucinante, señor, un telegrama cantarín. ¿Se lo imagina? Es impresionante lo que hacen con la magia hoy en día. Cuando yo era un chaval, no existían cosas...

—No creo que lo entiendas —dije yo, fríamente—. Esto no es un asunto corriente. A partir de mañana va a cambiar el futuro de Oz.

—Sí, señor —repitió él, ausente, mascando el extremo de su pluma de ave.

Me lo quedé mirando, nada convencido. ¿Por qué no me tomaba en serio? Sabía que los winkies eran criaturas simples y que siempre lo habían sido. Nunca había intentado imponer demasiada disciplina durante mi reinado; no había habido motivo. Pero ¿no notaba en mi tono de voz lo importante que era aquello? Estaba ofreciéndole a mi pueblo una oportunidad de hacer historia y él no paraba de parlotear sobre promociones de viajes. Sentí que se apoderaba de mí una emoción que no había sentido nunca, una sensación extraña en el corazón, que me pesaba y quemaba en la oquedad de mi pecho. Casi lo notaba ardiendo en mi interior como una brasa del color de los zapatos de Dorothy. El regalo del Mago me había permitido sentir amor, pero observé que también me estaba produciendo una sensación completamente diferente: furia. Dorothy me había encomendado la protección de su vida, y yo no iba a permitir que ese estúpido winkie entorpeciera mi misión. Una bruma rojiza me enturbió la visión, oscureciendo la sala a mi alrededor; mis manos se fueron hacia delante sin que pudiera controlarlas, aferrando puñados de bruma, que se fundía entre mis palmas como agua, goteando por entre mis dedos y cayendo pesadamente al suelo, donde se estancaba en un charco rojo cada vez mayor. Observé cómo se movía, fascinado. Avanzaba casi como un animal, como algo con una inteligencia propia.

Un extraño ruido espasmódico me despertó de mi ensoñación y bajé la mirada. Atónito, vi que mis manos rodeaban la garganta de Norbert, que tenía los ojos desorbitados. Le estaba arrancando la vida. Conmocionado, separé los dedos. Él cayó al suelo, haciendo esfuerzos por recuperar la respiración. Tan rápidamente como había aparecido, la bruma roja se disipó en unos tentáculos largos y finos que se colaron por las grietas de las paredes de piedra, desvaneciéndose. No recordaba dónde me encontraba ni por qué mi chambelán me miraba como si estuviera a punto de arrancarle la cabeza de un mordisco. Miré a mi alrededor, parpadeando. Me costó un buen rato reconocer el mobiliario de mi salón del trono. ¿Por qué estaba en mi salón del trono? ¿Cómo había llegado allí? Sentía algo raro en el pecho, como si el corazón se moviera en su interior. Me estaba pasando algo, algo que no podía explicar.

—Todo se hará como desea por la mañana, majestad —murmuró mi chambelán, con voz temblorosa.

¿Qué es lo que deseaba yo por la mañana? Me quedé pensando un rato y luego recordé que quería dirigirme a mis súbditos. Eso era. Un ejército. Iba a crear un ejército para Dorothy, sería mi regalo. Aliviado, asentí, sin acabar de entender qué hacía mi chambelán tendido a mis pies. ¿Se había resbalado? Eso tampoco lo recordaba. Necesitaba un buen baño para aclarar la cabeza.

—Excelente trabajo —dije.

Lo dejé tirado en el suelo y me dirigí a mis aposentos.

Llamé a unos cuantos de los winkies del servicio tocando la campanilla que tenía en mi habitación para esas ocasiones y me prepararon un baño de aceite calentito. ¿Era cosa de mi imaginación o no paraban de mirarme? ¿Por qué actuaban tan raro? Observé que el aceite estaba perfumado. ¿No había dicho algo Norbert sobre una nueva remesa? Un aroma intenso y agradable llenó mi baño.

Al ser de lata, no siento la necesidad que tienen los humanos de recibir tantos cuidados. De hecho, últimamente ni siquiera duermo, aunque hago lo posible por seguir el ritmo de vida normal de los humanos. Pero disfruto con un buen baño de aceite. Me sumergí en el aceite, cálido y fragante, y despaché con un gesto de la mano a los winkies, que prácticamente salieron corriendo. Estaba claro que pasaba algo, pero no tenía ni idea de qué podía ser.

A media que se enfriaba el aceite, me puse a pensar en la mañana siguiente. Les daría un breve discurso a los winkies, explicándoles la situación. Eran demasiado tontos como para comprender la complejidad de la situación política, pero mientras les explicara las cosas con palabras simples, podrían seguirme. No tenía dudas de que se mostrarían igual de entusiasmados que yo con la defensa de Dorothy. Por supuesto, no compondrían el ejército más intimidatorio del mundo. Eran muy bajitos. Los tirantes a veces les daban un aspecto algo tonto. Pero no era más que el principio, y sabía que Dorothy estaría encantada con mi iniciativa. Marcharía con ellos hasta Ciudad Esmeralda y los pondría en formación para que los viera y se diera cuenta de todo el trabajo que había hecho ya por ella. Y luego ya buscaría nuevos reclutas. Estaba convencido de que todos los habitantes de Oz estarían encantados de ponerse a disposición de su salvadora, la niña que había matado a las brujas malvadas. Por un momento me pregunté cómo elegirían al próximo soberano de Oz, una vez Glinda y Dorothy recuperaran la magia robada. Lamentaba lo de Ozma, pues siempre me había caído bien. Pero uno nunca sabe los retorcidos secretos que hasta la gente buena puede esconder.

SEIS

La mañana siguiente amaneció clara y soleada. Me bruñí los brazos, las piernas y el torso hasta que el metal brilló como el mercurio al sol. Saqué mi corona del pequeño armario de tamaño winkie que había en un rincón de la habitación, y también le saqué brillo. Quedó tan reluciente como mi piel de hojalata y me la puse en la cabeza. Acabé con mis preparativos justo en el momento en que Norbert llamaba suavemente a mi puerta para anunciar que mis súbditos estaban congregados en el patio como había ordenado. Observé que llevaba unos tirantes nuevos y que la chaqueta del traje estaba planchada. Hasta los zapatos le brillaban. Por algún motivo no me miró a los ojos, y a punto estuve de preguntarle qué le estaba pasando a todo el mundo.

Los winkies estaban reunidos en el gran patio frente a la puerta principal del palacio, formando una multitud ruidosa que no dejaba de parlotear, pero en cuanto salí del palacio se hizo el silencio y se pusieron a mirarse unos a otros. Norbert hizo una profunda reverencia a mi lado y se secó las pobladas cejas con un pañuelo de topos. Me quedé mirando a los presentes y el corazón se me encogió un poco. La verdad era que..., bueno, que no impresionaban mucho. Y tampoco eran tantos. Pero Oz no era exactamente una tierra famosa por su potencia militar. Y llegado el momento los winkies podían mostrar tanto arrojo como cualquiera. Observé, satisfecho, que se habían colocado intentando no pisotear los cuidados parterres de flores. Quizá fueran tontos y poco disciplinados, pero aquello ya era algo. Lo más importante era que Dorothy pudiera ver lo mucho que me preocupaba, lo mucho que pensaba en ella.

—Mis queridos súbditos —empecé, mirando sus rostros elevados hacia mí—. Ha sido un gran honor ser vuestro soberano. Estoy orgulloso del gran trabajo que he hecho para proteger vuestro bienestar. Os he reunido hoy aquí para comunicaros una serie de importantes cambios que están teniendo lugar en Oz.

No mostraron reacción alguna, así que seguí sin más.

—Me temo que tengo noticias desalentadoras sobre la princesa Ozma. Aunque creíamos que era una soberana de buen corazón, nos ha traicionado.

Al oír aquello, los winkies empezaron a mirarse con asombro.

—He sabido que ha estado robando la magia de Oz para su beneficio personal. Pero todo se arreglará muy pronto, porque ha ocurrido algo estupendo. —El corazón de trapo se me hinchó en el pecho. Decirlo en voz alto hacía que de algún modo pareciera más cierto—. ¡Nuestra querida Dorothy Gale ha vuelto a Oz para ayudarnos!

Un murmullo de asombro se extendió por el grupo.

—¿Dorothy la matabrujas? —exclamó un joven winkie desde las últimas filas, aunque enseguida fue acallado por sus compañeros.

A mí no me importó la interrupción.

—Ella misma —dije con orgullo—. En el pasado, cuando Oz la necesitó, vino hasta nosotros. Y ahora que Oz la necesita de nuevo, ha vuelto a presentarse.

Los winkies no precisaban saber que en lo más profundo de mi corazón yo esperaba que hubiera regresado «por mí».

—Ha venido a convencer a Ozma de que devuelva la magia que robó de nuestra tierra, pero Ozma se ha negado. En el enfrentamiento resultante, Ozma lanzó un hechizo terrible que acabó borrándole la memoria a ella misma. Dorothy, tan generosa y desprendida como siempre, ha accedido a gobernar Oz de forma temporal, hasta que podamos encontrar un nuevo soberano. Mientras tanto, necesitará un ejército que la proteja. Ese ejército, mis queridos súbditos, seréis vosotros.

Los winkies se me quedaron mirando boquiabiertos. Yo fruncí el ceño ligeramente. Esperaba mayor emoción por su parte. Quizá no me hubiera expresado con suficiente claridad.

—Saldremos mañana hacia Ciudad Esmeralda —añadí—. Preparaos. No sé cuándo volveremos a este país. Nos debemos a Dorothy y la serviremos todo el tiempo que sea necesario.

El winkle que había hablado antes agitaba la mano enérgicamente. Señalé en su dirección con la mano. Se aclaró la garganta.

—Perdone —dijo, con menos educación de la que yo consideraba necesaria—. ¿Ha dicho todos? ¿Que nos vamos a Ciudad Esmeralda? ¿Mañana?

—Exactamente.

—Pero yo no quiero ir a Ciudad Esmeralda —dijo.

Y, para mi asombro, muchos otros winkies se mostraron de acuerdo.

—Por supuesto que queréis ir a Ciudad Esmeralda —repliqué—. Estamos hablando de Dorothy. Dorothy Gale, que mató a las brujas malvadas, que lo dio todo por Oz. Es nuestra responsabilidad ocuparnos de su seguridad, después de todo lo que ha hecho por nosotros.

—Quizá sea «su» responsabilidad —dijo el winkle—. ¿Por qué tiene que ser la nuestra?

—Porque yo soy vuestro rey —dije, pero los murmullos ya se habían extendido entre la multitud. Y cada vez eran más los winkies que levantaban la mano para hablar.

—¡Yo no conozco a ninguna Dorothy! —gritó uno, acallado por sus compañeros.

Pero los murmullos iban en aumento. Levanté la voz para hacerme oír por encima de sus protestas.

—¡No es una petición! —grité—. ¡Es una orden! ¡Todos seréis héroes! ¡Os lo exijo!

—¿Y cómo sabemos que lo de Ozma es verdad? —espetó el que había mostrado su disidencia en primer lugar—. ¡Ozma es una hada! ¡Quizás ella sepa mejor que nosotros el uso que hay que darle a la magia!

—¡Eso, eso! —gritó otra voz.

Con el aumento de las protestas, mi incredulidad se transformó en rabia. ¿Yo les ofrecía una oportunidad única, y ellos se preocupaban por cuestiones técnicas? ¡Yo era su rey! Aunque no quisieran ayudar a Dorothy, por imposible que resultara de creer, el que mandaba era yo, no un adolescente winkle rezongón.

—¡Silencio! —grité, pero ya no me hacían ningún caso, y algunos de ellos incluso se dirigían hacia las puertas del palacio, como si quisieran volver a casa.

¿Cómo se atrevían? ¿Después de todo lo que había sacrificado por ellos? Dorothy había matado a la Malvada Bruja del Oeste y había liberado a los winkies esclavizados a su llegada a Oz. Yo había estado a su lado, obviamente, y de hecho no habría podido derrotar a la bruja sin mi ayuda. En absoluto.

Pero su acto de valentía había dejado a los winkies sin un soberano, por lo que el Mago me había nombrado su rey, cargo que había desempeñado durante todos aquellos años. El Mago no me había preguntado si quería o no quería. Nadie lo había hecho. Para ser «completamente» sincero, ni siquiera Dorothy. Pero yo era como Dorothy. Me preocupaba más el bienestar de Oz que mis propias necesidades personales.

Tenía un corazón lleno de bondad, el que me había dado el Mago. Y, aunque en realidad perteneciera a Dorothy, todos aquellos años tras su marcha de Oz había dado por sentado que no volvería a verla. Sin embargo, en lugar de hacer las cosas que suele hacer el resto de gente — enamorarse, tener aventuras, ver mundo— me había quedado ahí, en aquel pequeño palacio apartado de todo. Podría haber ido a cualquier lugar, podía haber hecho cualquier cosa. Podría haber encontrado..., bueno, nunca habría encontrado a nadie a la altura de Dorothy, pero quizás hubiera podido encontrar a alguien a quien querer casi tanto como a ella. Podría haber tenido una vida. Y, sin embargo, había renunciado a todo por los winkies, por aquellas bestezuelas desagradecidas y tontas.

A mi lado, Norbert se aclaró la garganta y se ajustó las gafas.

—Bueno, señor —dijo en voz baja—, ¿supongo que eso es todo?

—No —respondí—. Eso no es todo.

Sentía la rabia en mi interior transformándose en algo mayor, más fuerte y despiadado. De pronto se levantó una brisa repentina, que trajo consigo un ciclón de purpurina rosa con olor a fresas: por un momento, casi pude ver a Glinda flotando sobre las cabezas de los winkies y sonriéndome.

—Te daré el poder necesario para controlarlos, valiente Hombre de Hojalata —me susurró su voz al oído—, para que puedas mostrarles toda la gloria y todo el poder de Oz.

La purpurina formó un remolino a mi alrededor, envolviendo mis brazos y mis manos. El metal de mis dedos se volvió de un rojo incandescente, como si los tuviera envueltos en llamas, y empezó a fundirse y a cambiar de forma. Para mi asombro, mis dedos comenzaron a transformarse ante mis propios ojos, y de ellos salieron largas agujas y cuchillas cortas, todas ellas afiladas y temibles. En cuanto se completó la transformación, el metal volvió a enfriarse, emitiendo un brillo mortal a la luz del sol de la mañana.

Por un momento, el corazón se me encogió, vacilante.

—Pero esto son armas... —dije en voz alta.

Oí a Glinda chasqueando la lengua con desaprobación. Me giré, esperando verla, pero allí no había nadie.

—Lo que hacemos, lo hacemos por el bien de Oz, mi noble amigo —susurró—. ¿Qué hará Dorothy si no puedes protegerla? ¿A quién recurrirá, si no estás tú a su lado? Si no eres lo

suficientemente hombre para esta tarea, escogeré otro protector.

La llama de los celos se encendió en mi interior con la fuerza de un incendio forestal. ¡De ningún modo podía escoger a otro! Yo siempre estaría al lado de Dorothy. ¡Ya me encargaría de enseñarles mi poder a aquellos míseros winkies, si no me obedecían sin rechistar!

—¡Quedaos donde estáis! —les grité a los winkies, que ya se dirigían hacia las puertas del palacio. Había algo en mi voz que les hizo detenerse de pronto—. Traedme a los winkies que han osado desafiarme —dije, y hasta a mí mi voz me sonó temible.

Un ciclón de magia enviado por Glinda atravesó la multitud, rociándolos con algún tipo de encanto. Los winkies, sumidos en una especie de trance, agarraron a los traidores y me los trajeron hasta la tarima. Solo el primer winkie que había hablado, el que había dicho que no quería ir a Ciudad Esmeralda, intentaba resistirse, debatiéndose furiosamente e incluso mordiendo los brazos de sus captores. Sería el primero del que me encargara. Les indiqué con un gesto que lo trajeran ante mí.

—Este es «mi» reino —dije, con una voz baja que sabía que bastaría para alcanzar hasta el último winkie allí reunido—. He permitido que lo olvidarais. No volveré a cometer el mismo error.

Le rodeé el cuello con los dedos y miré a la multitud.

—Mañana marcharemos hacia Ciudad Esmeralda —dije—. A partir de ahora, así es como trataré a los traidores.

Los cuchillos que habían aparecido en lugar de mis dedos le atravesaron la carne, y la sangre brotó, empapándole el pelo amarillo y encharcando el suelo a sus pies. Él se agitaba e intentaba decir algo, pero mis dedos seguían cortándole, hasta llegar al hueso. Me envolvió una radiante luz roja, del color de los zapatos de Dorothy, me entró por la boca abierta y me llenó todo el cuerpo de una rabia cegadora y omnipotente. Con un solo gesto, le arranqué la cabeza del cuerpo y la tiré a la multitud, dándole a uno de los winkies de pleno en el pecho. Los winkies me miraron atónitos. Con una satisfacción morbosa observé que sus ojos reflejaban un horror y un miedo absolutos. Algunos de los winkies estaban llorando, pero la mayoría parecían tan aterrados que no podían reaccionar, por lo que se limitaban a temblar sin moverse del sitio, mirándome.

—Sabía que eras la persona adecuada —me susurró la voz incorpórea de Glinda al oído—. Sabía que eras lo suficientemente valiente, Hombre de Hojalata.

Me miré las manos. Seguían siendo aquellas nuevas manos tan extrañas que me había dado Glinda. Cubiertas de sangre, tenían un aspecto aún más amenazador. Más malvadas, pensé, pero al momento negué con la cabeza. No. Aquello no era maldad. Era algo necesario. «Lo que hacemos, lo hacemos por el bien de Oz.» Tenía razón. Era una nueva época. No podía echarme atrás. Dorothy me necesitaba.

Casi sin pensarlo, me dirigí al siguiente traidor de la fila con las manos abiertas, cuando Norbert soltó un gritito.

—¿Qué pasa? —le espeté.

—Señor —dijo Norbert, desesperado—, ¿qué está haciendo? ¿Por qué nos hace daño? Le obedeceremos, señor, ahora ya entendemos lo importante que es el ejército de Dorothy. Por favor, no haga daño a nadie más.

Parpadeé y de pronto la bruma roja que se me había metido en el cuerpo salió por los ojos y la boca, elevándose hacia el azul del cielo y llevándose consigo la intensa rabia que me había dominado. La voz de Glinda había desaparecido. Miré a mi alrededor. Había sangre por todas partes. En el suelo yacía el cuerpo decapitado de un winkie. Ante mí, vi una fila de winkies agazapados, temblando de terror.

—¿Eso..., eso lo he hecho yo? —le pregunté a Norbert, confuso.

Él me miró atónito.

—Sí, señor —murmuró.

—¿Por qué?

—No lo sé, señor. Dijo... que necesitaba un ejército.

¡El ejército! Por supuesto. El ejército de Dorothy. No estaba del todo seguro de lo que acababa de ocurrir, pero si eso significaba que tendría un ejército que llevar ante mi princesa, sin duda había valido la pena. Le llevaría un ejército y le diría lo que sentía por ella. ¿Cómo iba a decirme que no, ante una prueba tan evidente de mi devoción?

—Marcharemos hacia Ciudad Esmeralda al amanecer —dije, dirigiéndome a la masa de winkies salpicados de sangre que tenía a mis pies—. Los gandules y los desertores serán ejecutados.

Me di media vuelta y regresé al palacio.

SIETE

Los winkies que se reunieron de nuevo en el patio a la mañana siguiente no se parecían en nada a la multitud alegre y charlatana que se había reunido el día antes. Algunos de ellos, estaba seguro, no se habían movido del sitio desde el momento en que había ejecutado al traidor frente a ellos la mañana anterior. Estaban en silencio, cabizbajos, con sus patéticas posesiones a la espalda o metidas a toda prisa en pequeños carros que arrastraban. De pronto me asaltó una duda. No tenían el aspecto de un ejército; parecían más bien unas cuantas decenas de refugiados. Ninguno de ellos tenía armas... y mucho menos armadura. Ninguno de ellos había combatido en toda su vida. Pero sacudí la cabeza para quitarme aquella idea de la cabeza. Todos estaríamos a la altura. Hasta el más humilde. Dorothy les necesitaba casi tanto como me necesitaba a mí si quería sentirse segura en Ciudad Esmeralda. Los convertiría en un ejército, aunque fuera lo último que hiciera.

Mi destartalado ejército tardó un rato en encontrar el Camino de Baldosas Amarillas. Cuando dimos por fin con él, me encontré con que las baldosas estaban viejas y desportilladas, y cubiertas de una leve sombra rojiza, no del color de los zapatos de Dorothy, sino del color de la sangre. Recordé mi visión en el palacio, la mañana en que Dorothy se había reunido con nosotros y nos había contado que Ozma había traicionado al país. Recordé cómo me miraba Glinda. ¿Sería que ya sabía antes que yo mismo lo que iba a tener que hacer? ¿Que estaba intentando advertirme? Fruncí el ceño, decidido a no permitirme tener más pensamientos incómodos. No estaba orgulloso de lo que había hecho, pero era necesario. No habría motivo para hacer algo así nunca más. Evité mirarme las manos, inexplicablemente transformadas. Quizá Dorothy pudiera ayudarme a darles de nuevo la forma que tenían antes. Al fin y al cabo, ella era la que poseía la magia.

El Camino de Baldosas Amarillas nos hizo recorrer kilómetros y kilómetros, casi como si intentara alejarnos de Ciudad Esmeralda. Caminamos mucho, atravesando el Bosque del Miedo, en el que los árboles les aullaban cosas terribles a los winkies, que se estremecían y lloraban, pero luego me miraban, temerosos, y seguían adelante. Alguno de ellos se metió trapos en las orejas para no oír. Otros se las taparon con las manos. Decidí no hacer caso a su cobardía. Ya habría tiempo para la disciplina cuando llegáramos a la ciudad. Tampoco era un monstruo.

Por fin, tras horas de quiebros y requiebros, el camino pareció comprender que no podía impedirme llegar al palacio y se enderezó. Las baldosas recuperaron su consistencia y su brillo, y a los lados del camino aparecieron unos setos perfectamente recortados y llenos de flores que de vez en cuando nos cantaban con voces agudas. Los winkies seguían apagados, aunque quizás algo más animados. Algunos incluso levantaban la vista para mirar a su alrededor mientras caminábamos. Algunos sacaron sándwiches de queso y mermelada de sus bolsas (por algún motivo a los winkies les apasionaban aquellos sándwiches de queso y mermelada, y no había

visto nunca a ninguno de ellos que diera un paso sin llevarse una buena provisión de ellos), e iban masticando mientras caminaban. Por fin vi los chapiteles verdes de Ciudad Esmeralda en el horizonte.

A aquellas alturas, muchos de los winkies iban trastabillando a causa del agotamiento. No les permití descansar. Tenían que aprender a endurecerse. El sol estaba en el horizonte cuando entramos por las amplias puertas de Ciudad Esmeralda. Uno de los winkies cayó al suelo, pero los otros enseguida lo pusieron en pie de nuevo. Seleccione una pequeña delegación de winkies entre los que me parecieron más despiertos y llamé a los criados munchkins.

—Dadles habitaciones en palacio —ordené—. Y traedles comida. Volveré a por el resto más tarde.

Los winkies que había escogido para que me acompañaran, entre ellos el chambelán, se quedaron mirando con envidia al resto, a los que permitirían descansar.

—Hoy me habéis servido bien —les dije—. Tendréis recompensa en el ejército de la princesa, no temáis.

No parecían muy interesados por la recompensa, pero no protestaron. Entré en el palacio con ellos y envié a otro criado a avisar a Dorothy para que se reuniera conmigo en la Cámara del Consejo.

Nos hizo esperar un buen rato. Uno de los winkies ya había apoyado los brazos en la mesa y se había quedado dormido cuando ella entró en la sala como un vendaval, con el cabello caoba recogido en un complicado peinado y un vestido que era una versión ligeramente diferente del brillante vestido de cuadros que se había puesto para contarnos sus planes. Me puse en pie de un salto al verla entrar, hice una gran reverencia y le di una patada disimuladamente a la silla del winkie que se había dormido. Este también se puso en pie de un salto, con un chillido ahogado de miedo, y miró a su alrededor, parpadeando nervioso.

—Mi querido Hombre de Hojalata —dijo Dorothy. ¿Quizá con una pizca de irritación en la voz?—. ¿Por qué me molestas? Ya sabes lo ocupada que estoy.

—Tengo noticias importantes —dije, con el corazón henchido de felicidad por el simple hecho de ver su bello rostro.

Me acerqué para cogerle la mano, pero luego me acordé de mis nuevos dedos. No quería hacerle daño.

Ella no hizo caso a aquel gesto y me miró con impaciencia. De pronto me asaltaron las dudas. ¿Por qué no estaba más contenta de verme?

—¿Y bien? ¿De qué se trata?

—Princesa Dorothy —dije, plantando una rodilla en el suelo—, ya sabes que tu seguridad es mi máxima preocupación, y tu nueva posición te pone en una situación de gran riesgo.

—Bueno, sí, eso es cierto —dijo tocándose los tirabuzones de color caoba—. Glinda dice que tengo que estar muy atenta. Es bastante emocionante, ¿no crees? En Kansas nadie tenía la inteligencia necesaria como para darse cuenta de lo especial que era. Pero ahora... ¡Bueno, mira lo lejos que he llegado!

—Yo siempre estaré a tu lado, seré tu caballero y tu protector —dije, sintiendo de nuevo que el corazón me palpitaba con aquella energía misteriosa—. Pero un guardaespaldas no basta, aunque

sea uno tan devoto como yo. Mi querida princesa, te he traído un ejército como nunca antes ha visto Oz.

Dorothy abrió bien los ojos y contuvo una exclamación de alegría.

—¿Un «ejército»? ¡Oh, Latas! ¡Eres increíble! ¡No se me había ocurrido soñar siquiera con tener un ejército! ¿Es vistoso? ¿Tiene caballos y banderas? ¿Dónde está? ¡Quiero verlo ahora mismo!

Me puse en pie y la cogí del brazo, señalando a los winkies con un gesto.

—Estos son tus generales. Tu ejército te espera en palacio.

Dorothy se quedó mirando a los temblorosos winkies, extrañada, frunciendo el ceño.

—Pero, Latas... No entiendo. Estos son winkies.

—Igual que todos tus soldados..., de momento —me apresuré a añadir—. Por supuesto, muy pronto tendré nuevos reclutas. Quizás el León conozca a unos cuantos animales que se quieran alistar. Yo mismo supervisaré su entrenamiento. Muy pronto contarás con una fuerza temible para tu defensa.

Un torbellino de emociones atravesó el rostro de Dorothy. Estaba conmovida, eso estaba claro. Conmovida por lo que había hecho. Por ver hasta dónde había llegado por ella. Estaba tan abrumada que no sabía siquiera qué decir. Y yo estaba tan encantado de verla contenta que tardé un momento en entender que su risa no era de alegría, sino de exasperación.

—Latas —dijo—, es todo un detalle, pero son winkies. Es como tener un ejército de animales disecados. No tendrías que haberme molestado con esto: Glinda y yo nos lo estábamos pasando la mar de bien escogiendo esmaltes de uñas.

—Pero, Dorothy... —dije, consternado—. Debes entenderlo, Oz nunca ha tenido soldados...

—Latas, deshazte de ellos —me interrumpió—. No son más que un puñado de bestezuelas peludas que se asustan de su propia sombra. Míralos.

Los winkies, efectivamente, nos miraban alarmados; el chambelán quizás estuviera llorando incluso. Estaba a punto de responder cuando el Espantapájaros entró en la sala, atraído por la sonora voz de Dorothy.

—Bueno, bueno, bueno —dijo observando la escena—. ¿Qué es lo que tenemos aquí exactamente?

—El Hombre de Hojalata ha perdido el juicio —dijo Dorothy entre risitas—. Me ha traído a estas criaturas y dice que van a ser un «ejército».

—¿Un ejército? —dijo el Espantapájaros, mirándome pensativo—. Pues no es tan mala idea, Doro... esto, eminencia.

«¿Eminencia?», pensé, aturdido. ¿Desde cuándo era Dorothy una eminencia, salvo para mí? ¿Y cómo es que no se daba cuenta de la nobleza de mi acción? Nada de todo aquello iba como yo lo había planeado, nada en absoluto. Recorrí desesperadamente la sala con la mirada, como si la respuesta pudiera estar bajo alguno de aquellos winkies.

—Yo no quiero un ejército de pequeñajos —espetó Dorothy. El Espantapájaros levantó una ceja pintada—. ¿No me bastó con tener que aguantar a estas criaturas horribles cuando estaban al servicio de la Malvada Bruja del Oeste, la «primera» vez que vine a Oz? Habría algún motivo por el que no «volví» después de matar a aquella vieja.

Entonces caí en mi error. Por supuesto. ¿Cómo podía haber sido tan tonto? Los winkies le recordarían a Dorothy aquellos días terribles en el palacio de la Malvada Bruja del Oeste, antes de que Dorothy la matara y los liberara heroicamente, haciendo gala de su nobleza. Su rabia ocultaba otra emoción más profunda: su dolor. Y ahora, yo, como un tonto, se lo recordaba una vez más. No era de extrañar que estuviera tan disgustada.

—Bueno —observó el Espantapájaros—, ahora ya los tenemos aquí. Podríamos hacer algo con ellos.

Habría querido echarlo de la sala. No entendía nada, y desde luego no comprendía a Dorothy. No como yo.

—No los quiero ni a un kilómetro de mi palacio —replicó Dorothy—. Probablemente tengan piojos.

—Los winkies son un pueblo muy limpio —me apresuré a responder—. Dorothy, yo he vivido con ellos durante años. He sido su soberano, no lo olvides.

—Latas, llévatelos de aquí —dijo. Se me quedó mirando, frunciendo sus bellos ojos de un azul transparente—. Si de verdad te importo —añadió con frialdad—, harás lo que te pido sin hacer preguntas.

Dicho lo cual salió de la sala a toda prisa, dejándome allí, hundido en la miseria.

—¿Qué he hecho? —dije, destrozado—. Nunca me perdonará. ¿Cómo he podido ser tan idiota?

—¿Qué quieres decir? —preguntó el Espantapájaros.

—En lugar de traerle un ejército, le he traído el recordatorio de una época terrible de su vida. ¿Cómo voy a ganarme su confianza otra vez?

Me hundí en una silla junto a la del chambelán, que soltó un gemido de terror apenas audible. Me agarré la cabeza con las manos, casi atravesándome un ojo con mis nuevos dedos siniestros.

—Latas —dijo el Espantapájaros lentamente—, ¿de verdad estás «enamorado» de Dorothy?

—¡Claro que estoy enamorado de Dorothy! —grité, con tanta fuerza que ambos nos sorprendimos—. ¿Cómo no iba a enamorarme de Dorothy? Es bella, amable, generosa, y hemos pasado muchas cosas juntos. Pensé que ella sentía lo mismo. Iba a decírselo al traerle el ejército. Pero ahora lo he estropeado todo.

El Espantapájaros se quedó en silencio un momento. Prácticamente podía oír el relleno de su cabeza dando vueltas, pero no quería saber en qué estaba pensando, ya que probablemente tendría que ver con el fracaso completo de mi acción.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó, sin más.

—Oh, no lo sé —murmuré, abatido y con las manos en la cara—. Enviarlos a casa, supongo. Hay decenas de ellos.

Al oír la palabra «casa», el chambelán levantó la vista, aunque todos seguían mirándome como si fuera a arrancarles la cabeza también a ellos. Me sentía mal por lo que había hecho, mal de verdad, pero, si me hubieran obedecido sin más desde el principio —¡era su rey!—, no habría pasado nada de todo aquello.

—Es una pena desperdiciarlos —dijo el Espantapájaros—, ahora que están aquí.

—No puedo ponerlos a trabajar en el palacio —respondí—. Ya has oído a Dorothy. No quiere volver a verlos.

—Hay... otras opciones —respondió él.

Me lo quedé mirando. Sus ojos, negros y planos, no tenían expresión, pero había algo en su voz que hizo que un escalofrío recorriera mi columna de hojalata. Si queréis saber la verdad, siempre había pensado que el Espantapájaros tenía un algo de terrorífico. Incluso en aquel primer viaje a Oz, fingiendo ser tan idiota, titubeando todo el rato... No, ya planeaba algo, recordad mis palabras. El León será zafio, pero es relativamente honesto. No engaña, aunque sea un patán grosero y te destroce los muebles. Y yo..., bueno, como ya sabéis, no soy más que un hombre enamorado. Pero el Espantapájaros no es como nosotros. Es taimado, y lo es más aún desde que el Mago le llenó la cabeza con un cerebro de serrín. No me gustó su mirada, pero no iba a permitir que me sacara de quicio.

—¿A qué te refieres con «otras opciones»?

Se quedó pensando un momento, como si tuviera que encontrar el modo de hacer entender un planteamiento complicado a una persona muy simple.

—Glinda y yo hemos estado... hablando de unas cuantas cosas —dijo por fin—. Ya sabes, es una mujer magnífica. Muy inteligente. Mucho. Y también tiene otros valores impresionantes, ya sabes a lo que me refiero —añadió, guiñándome el ojo.

—Estoy seguro de que no lo sé —respondí, con frialdad—. ¿Qué quieres decir?

—Ella cree que no todo Oz va a mostrarse contento con el plan de Dorothy de recuperar la magia robada.

—¿Y por qué no?

—Oh, ya sabes —dijo el Espantapájaros sin precisar, agitando una mano de trapo en dirección a la ventana—. Dudas sobre el procedimiento. Sobre la Constitución.

—Oz «no tiene» Constitución.

—La línea de sucesión —dijo el Espantapájaros—. Todo eso. Ya sabes que a la gente le encantan las hadas. Con sus alitas, sus brillos y todo eso. Dorothy no es más que una chica. Y tienes que admitir que toda esta historia sobre el enfrentamiento con Ozma es algo sospechoso.

—Dorothy es «mucho más» que una chica —repliqué con fuerza—. ¿Y qué demonios quieres decir con eso de que es «sospechoso»? Ozma nos traicionó a todos. Claro que resulta chocante, pero cuando la gente sepa la verdad, se dará cuenta de que Dorothy solo piensa en el bien de Oz.

—Chocante, sí —dijo el Espantapájaros con voz suave—. Bastante chocante. Por no decir repentino. Algunos ya se preguntan si no habrá sido demasiado repentino, no sé si me entiendes. ¿Dorothy vuelve a Oz? ¿Glinda reaparece de la nada? ¿De pronto Ozma se convierte en una idiota que solo balbucea? Venga, Latas, sé que yo ahora tengo un gran cerebro, pero tú tampoco eres tonto.

—¿Así que vas a traicionar a Dorothy? —pregunté, incrédulo—. ¿Solo por unos rumores de palacio?

—Oh, yo no he dicho eso. En absoluto. Fíjate en nosotros, Latas. Estamos de nuevo en Ciudad Esmeralda. Afrontémoslo: es nuestro lugar. No solo vamos a ayudar a Dorothy. Vamos a iniciar una vida mejor. Si Dorothy se mantiene en el poder, bueno...

Dejó la frase a medias, con la expresión distante y los ojos brillantes. Si algo estaba claro en aquel momento, era que el Espantapájaros tenía un plan. Me pregunté si Dorothy estaba al

corriente. Si debería tenerlo controlado, por si acaso. Quizá no solo fuera algo siniestro. ¿Sería realmente un traidor con la mujer que yo amaba?

Los winkies seguían la conversación con los ojos abiertos como platos. De pronto, se me ocurrió que quizá deberíamos ser más discretos. Hice un gesto dirigiendo la barbilla hacia el chambelán. El Espantapájaros se rio.

—No te preocupes por esas bolitas de pelo de ahí —dijo—. Ya te he dicho que tengo una idea de qué hacer con ellos. Glinda me ha enseñado algunas... alteraciones que se pueden hacer con las criaturas de Oz. Nada drástico, no te alarmes. Solo algunas mejoras.

—¿Alteraciones? —pregunté, intranquilo.

—Hasta ahora he trabajado únicamente con los monos alados —prosiguió, sin hacerme caso—. Pero me encantaría cambiar. Creo que vas por buen camino con toda esta historia del ejército. Dorothy solo quiere pasearse por el palacio probándose enaguas y pintalabios como si toda Ciudad Esmeralda fuera una fiesta de pijamas gigante. Pero Glinda tiene las cosas más claras.

Quise protestar, pero él se rio.

—Venga, Latas. Sé que estás colado por la chica, pero tienes que admitir que no ha hecho nada desde que ha regresado, salvo jugar a vestiditos y usar su magia supuestamente todopoderosa para hacerse nuevos peinados. No digo que eso tenga nada de malo, pero a mí me interesa la visión global. Y a Glinda también.

Hablar con el Espantapájaros era como echarle un pulso a una anguila. Cada vez que yo intentaba decir algo, él le daba la vuelta.

—Creo que te equivocas completamente con respecto a Dorothy —dije, enfadado. El Espantapájaros se limitó a encogerse de hombros. Suspiré, exasperado—. ¿De verdad crees que puedes usar a los winkies para conseguir que vuelva a mi lado? ¿Qué harás con ellos?

—Piénsalo —dijo él, animándose—. Necesitamos un ejército; incluso tú lo tienes claro. Pero ¿y si tuviéramos un ejército que fuera invencible? Glinda cree que podemos conseguirlo con la magia, pero tú y yo no podemos usar la magia de Oz de ese modo, al menos directamente. No tenemos ningún poder. Podríamos crear armas aprovechando la magia de Oz (también estoy trabajando en eso), aunque ahora mismo no podemos hacer mucho más. Pero ¿y si creara soldados «usando» la magia? Glinda me ha estado ayudando estos últimos días... y he hecho muchos adelantos. Nunca dirías lo que he conseguido hacer en tan poco tiempo. Pero mis experimentos son... Umm... —Hizo una pausa, como avergonzado—. Digamos que consumen recursos. Necesito nuevos sujetos... y rápido. Y tú acabas de presentarte en palacio con varias docenas de ellos.

—¿Y esos experimentos causan algún daño? —pregunté.

Decapitar a mis súbditos rebeldes era una cosa, pero entregárselos todos al Espantapájaros para una especie de sanguinario proyecto científico era otra muy diferente.

—Oh, no, no, no —respondió enseguida—. No, de verdad, no. Pueden ser letales, pero desde luego no dolorosos. Y Dorothy estará encantada cuando te presentes ante ella con un ejército de verdad, en lugar de estos pequeñajos.

—Pero ella ha dicho que no quería volver a verlos —insistí—. Así que aunque los conviertas en soldados, seguirá sin querer saber nada de mí.

—En realidad cuando acabe con ellos no serán reconocibles —dijo el Espantapájaros. Se hizo un silencio gélido. Uno de los winkies sentados a la mesa soltó un ruido agónico y luego se tapó la boca con las manos—. Ni siquiera sabrá que son winkies. ¿Qué dices, Latas?

—No lo sé —dije yo, escéptico—. Continúan siendo mis súbditos. El Mago me dijo que debía cuidar de ellos.

—No sentirán nada —me aseguró el Espantapájaros—. Quizás hasta disfruten con el proceso. Tú piensa: vives toda la vida aburrido, siendo un winkle, pero de pronto eres un soldado de élite en el ejército de la princesa. No está mal la oportunidad, ¿no? Además, Dorothy nunca te tomará en serio a menos que estés dispuesto a hacer lo necesario.

Su plan no me gustaba demasiado, pero aquella última frase me convenció.

—Haré lo que sea por Dorothy —decidí, poniéndome una mano sobre el corazón.

A mi lado, Norbert se echó a llorar otra vez.

—Oh, ya —dijo el Espantapájaros, con una sonrisa aún más siniestra—. Lo sé, créeme.

OCHO

Aquella noche, después de trasladar mis cosas a mis nuevos aposentos en el palacio —esta vez sí, con un armario en el que podría dormir de pie, tal como había solicitado—, me quedé absorto en mis pensamientos un buen rato. Todo en Oz estaba cambiando a marchas forzadas. Dorothy había vuelto, Glinda y el Espantapájaros probablemente estarían tramando algún plan secreto a mis espaldas, el León iba engullendo huesos en su habitación del palacio como si aquella fuera su propia casa... Solo que ahora Ciudad Esmeralda «era» su nueva casa. La de todos nosotros. Yo estaba encantado de tener de nuevo a Dorothy allí, más que encantado. Me había hecho a la idea de que no podría volver a verla y ahí estaba, muy cerca de mí. Pero todo lo demás resultaba muy confuso, y no sabía muy bien cómo tomarme el tener que compartirla con Glinda, el Espantapájaros y el León.

A la hora del desayuno, los tres hablamos sobre el día en que Dorothy llegó a Oz por primera vez.

—¿Os acordáis cuando tuvisteis que rescatarme de las amapolas? —rugió el León mientras daba cuenta de una chuleta, esparciendo trozos de comida al hablar—. ¡Todos aquellos ratones!

Nos reímos, unidos de nuevo por nuestro pasado en común.

—Entonces todo era mucho más sencillo —dije yo, algo entristecido—. Solo queríamos satisfacer necesidades evidentes: un corazón, valor, cerebro... Y Dorothy nos lo dio todo... y mucho más.

—Claro —dijo el Espantapájaros, mirándome con intención—. Y por eso tienes que hacer exactamente lo que te pide, Latas.

No pude evitar observar que no había dicho «tenemos». ¿Desde cuándo habían cambiado tanto mis amigos? ¿Sería verdad que no podía confiar ya en el Espantapájaros? No querría que fuera así, pero no podía quitarme aquella idea de la cabeza.

Incluso antes de saber que amaba a Dorothy, había sido su caballero. Cuando la Malvada Bruja del Oeste había enviado lobos para matarnos, yo había acabado con ellos sin pensármelo dos veces, para proteger a Dorothy. Había hecho todo lo necesario para mantenerla a salvo. ¿No era prácticamente lo mismo haber matado a ese winkie en mi patio? Y si lo era, ¿por qué seguía sintiéndome tan mal por ello? ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?

Los días siguientes estuve vagando por el palacio, confundido y en muchos casos solo. Apenas vi a Dorothy, que se pasaba las horas encerrada con Glinda. Si no la hubiera conocido bien, habría pensado que me estaba evitando. El Espantapájaros, por su parte, también desapareció tras aquel primer desayuno, supuestamente porque estaría trabajando en sus misteriosos experimentos. Para mi sorpresa, eché también de menos a los winkies, especialmente a Norbert. Había sido

durante años un buen compañero, amable y de confianza, y sabía muchísimo sobre la historia de Oz. Ahora me daba cuenta de que debería haberlo conservado a mi lado. El Espantapájaros no necesitaba a «todos» mis winkies para su proyecto. Norbert me habría hecho compañía y habría sido un buen asesor para mi nueva y extraña vida en palacio.

Solo el León tenía tanto tiempo libre como yo, y aunque a menudo parecía abatido —solo hablaba de salir a cazar—, por lo menos cuando estábamos juntos no tenía que pensar demasiado en todo lo que no entendía. En las raras ocasiones en que el Espantapájaros se dejaba ver —por los pasillos o en las comidas, a las que asistíamos como amigos íntimos de Dorothy, aunque nosotros no comiéramos—, se negaba a hablar de su trabajo, limitándose a decir que progresaba correctamente. A menudo tenía la ropa manchada de sangre, y a veces de otras cosas más asquerosas que prefería no examinar muy de cerca. Se pasaba la comida dando saltitos en la silla, y en cuanto se llevaban los platos prácticamente salía corriendo.

—Sé paciente —me decía el León con aquel aliento que apestaba a carne—. Solo hace lo mejor para Dorothy, ya sabes.

No podía más que suspirar. ¿Es que «todo el mundo» en el palacio sabía cómo me sentía yo, menos Dorothy? Ella también aparecía para las comidas casi siempre, pero ocupaba el lugar de honor a la cabeza de la mesa, donde se reía y charlaba con todos menos conmigo. Glinda siempre estaba a su lado. Cada día intentaba hablar con ella a solas, antes o después del almuerzo, o de la cena, pero siempre me decía con voz amable: «Ahora no, Latas», y se iba a toda prisa. ¿Tanto la había decepcionado que me estaba evitando? El León, que había presenciado la mayoría de aquellos intentos fallidos, me daba palmaditas de consuelo en el hombro mientras yo seguía con la mirada fija en sus brillantes zapatos de tacón que se alejaban. ¡Aquellos zapatos! Ahora solo podía pensar en ellos, brillando en el fondo de mi mente como el latido de mi propio corazón. ¿Cómo podía hacer que Dorothy se fijara en mí? ¿Cómo podía hacerle entender lo mucho que la quería? Tenía que encontrar un modo de hacerla mía. Tenía que hacerlo. Aunque ella no se diera cuenta, estábamos hechos el uno para el otro.

Por fin, unos días después de que se hubiera llevado a los winkies, el Espantapájaros se presentó por la mañana en mis aposentos. Yo estaba mirando por la ventana.

—¿Estás ocupado? —preguntó educadamente, aunque era evidente que no.

Estaba pensando en el aspecto que tendría Dorothy vestida de novia, recorriendo el pasillo hacia mí. ¿Nos casaríamos en el palacio? ¿Quizás en los jardines? El Espantapájaros se aclaró la garganta.

—Oh —dije yo, volviendo a la realidad—. No, la verdad es que no.

Se frotó las manos, complacido.

—Tengo algo que enseñarte —respondió—. Algo que creo que te interesará mucho. —Hizo una pausa—. En mi laboratorio —añadió, impaciente.

Suspiré y me puse en pie con un sonoro chirrido. Los últimos días había descuidado un poco el engrasado de mis articulaciones. Ya nada me parecía especialmente importante si no podía ver a Dorothy.

Le seguí por los pasillos hasta el conjunto de habitaciones que Dorothy le había asignado. No me parecía que lleváramos en palacio tanto tiempo como para que el Espantapájaros hubiera

podido amasar toda la chatarra que llenaba las estancias. Todas las superficies estaban hechas un asco, con papeles amontonados, libros viejos, bolígrafos y herramientas. Había una estantería tan llena de volúmenes apretujados que parecía que iban a salir despedidos. En un rincón de la sala había una gran mesa con correas de cuero y manchas misteriosas. Aunque hacía un día soleado y luminoso, el taller del Espantapájaros estaba frío como una nevera. De hecho, si no fuera porque era de metal, me habría estremecido.

—¿Qué querías enseñarme? —pregunté, intentando no mostrar lo inquietante que me resultaba todo aquel panorama.

Sabía que el Espantapájaros era raro, pero no tenía ni idea de que lo fuera tanto. Me indicó la gran mesa, que estaba cubierta por una manta sucia y manchada de sangre. Me acerqué más. La manta tenía bultos y formas raras, lo que daba a entender que cubriría algo bastante grande. Algo —entonces me di cuenta— que se movía.

—¿Qué es eso?

El Espantapájaros sonrió.

—No es «qué» —dijo, alegremente—. ¡Es «quien»! Un viejo amigo tuyo, en realidad. Levantó la mitad inferior de la manta, dejando al descubierto una macabra mezcla de carne y metal. Acerqué la cabeza, intentando comprender qué era aquello. Parecía la mitad inferior de un animal, pero no se parecía a ningún animal que hubiera visto nunca. El torso estaba cubierto de pelo, tan manchado de sangre y grasa que era imposible determinar el color original. Unas enormes heridas sangrientas cruzaban el manto de pelo, burdamente cosidas con un grueso hilo negro.

—No todos los implantes arraigan a la primera, ¿sabes? —dijo el Espantapájaros, como justificándose—. Es un trabajo muy complicado.

En el lugar que debían haber ocupado las piernas del animal, su torso se fusionaba con una única rueda oxidada como la de un monociclo. La línea donde se encontraban la carne y el metal era roja y descarnada, con bultos de piel cubiertos de costras, y una carne roja brillante que recordaba el tejido de algún órgano. Era una imagen macabra. Tragué saliva.

—No lo entiendo —dije—. ¿Qué es esto?

El Espantapájaros sonrió y dio una palmada al aire.

—¡Latas, viejo amigo, te presento a tu nuevo general! —exclamó, retirando de golpe el resto de la manta.

Contuve una exclamación.

La criatura atada a la mesa del Espantapájaros era —o había sido en el pasado— Norbert. Un ojo me miraba, pero la otra mitad de su rostro era un amasijo de metal, cables y hueso a la vista; el globo ocular envolvía una esfera rojo brillante en lugar del ojo. Tenía el pelo cubierto de sangre y aceite; en otros lugares tenía la piel abierta, dejando a la vista el rojo intenso de sus músculos. Uno de sus brazos acababa en unas tenazas metálicas, no muy diferentes a las herramientas en que se habían transformado mis propios dedos. Se esforzaba por respirar. Al hacerlo se le hincha el pecho.

—Señor —susurró, suplicante—. Señor, me duele mucho. Por favor, ayúdeme.

Parecía imposible, pero el desecho en que se había convertido mi antiguo chambelán seguía vivo.

—¿Qué has hecho? —susurré.

—¡Pensé que te alegrarías! —respondió el Espantapájaros, radiante—. Irreconocible, ¿no? Desgraciadamente, la mayoría de los otros pequeñajos no superaron el proceso, pero este me da esperanzas. En poco tiempo tendremos soldados completamente mecanizados para tu ejército. Incluso te dejaré que seas tú quien se lo diga a Dorothy, siempre que me des el mérito que merezco, claro.

—¿Qué quiere decir eso de que no superaron el proceso?

El Espantapájaros me dio una palmadita en la espalda.

—¡La ciencia implica sacrificios, muchacho! Supongo que eso no lo sabías. Llevaba pensando en un proyecto así mucho tiempo, ¿sabes? El regreso de Glinda me ha dado la oportunidad, y el de Dorothy me ha proporcionado la excusa. Pero a decir verdad estoy en ello por el conocimiento, no por el poder. ¡Piensa en los avances que puedo hacer a partir de esto!

—¿Los has matado? —pregunté, incrédulo—. ¿A todos?

—¡Matado no! —exclamó—. «Sacrificado.» ¡No los he asesinado a sangre fría! No podía saber si serían lo suficientemente fuertes como para sobrevivir a la primera ronda de ensayos. Pero me quedan unos cuantos, y muy pronto los tendremos equipados y listos para ponerse en marcha. Este pequeñajo ha sido mi primer éxito. Es todo un currante, en serio. Déjame que lo ponga en pie.

Soltó las correas que sujetaban a la mesa lo que en otro tiempo había sido mi chambelán, lo levantó y lo puso en el suelo, en equilibrio sobre la rueda.

—Enséñale al Hombre de Hojalata lo que haces —le ordenó.

El chambelán se movió adelante y atrás haciendo girar su rueda; luego trazó un pequeño círculo por la sala. Su ojo sano lloraba.

—Por favor, señor —susurró de nuevo—. Haga que pare.

—¿Lo ves? Perfecto —dijo el Espantapájaros—. No tiene ningún problema que no se solucione con un poco de aceite, y estoy seguro de que de eso tú tienes bastante. En realidad, fuiste tú quien me dio la idea. ¿Una mezcla de máquina y animal? ¿Qué puede ser mejor? Tu robustez con algo de músculo y cerebro para compensar. Los soldados estarán diseñados para que no piensen demasiado, por supuesto. No queremos que se nos amotinen. Así que supongo que se parecerán más a ti que a mí.

Se rio, pero yo no entendía muy bien qué estaba diciendo. Viendo al pobre chambelán trazando círculos en la sala, el corazón se me encogió. No era eso lo que yo quería. Norbert me había prestado un servicio fiel durante años.

—Venga, hombre —añadió enseguida el Espantapájaros—. No es momento de ponerse quisquilloso. Si quieres impresionar a Dorothy, tienes que estar dispuesto a hacer algún esfuerzo.

—A ella... ¿A ella esto le parece bien? —pregunté casi sin voz.

—¡Claro! Latas, cuando le cuentes lo que he hecho (lo que hemos hecho), estará encantada. ¡Lo que habrás hecho por ella! ¡Habrás sacrificado a tus propios súbditos, tu vida de antes! ¡Con la transformación de estas criaturillas en armas la tendrás comiendo de tu mano!

—¿Estás...? —Tragué saliva. Norbert se había detenido y estaba apoyado en la mesa, con la mirada perdida. Unas gotas de sangre fresca le caían por el pelo—. ¿Estás seguro de que es lo correcto? ¿De que es lo que quiere?

—Dorothy no sabe lo que quiere —dijo el Espantapájaros, seguro de sí mismo—. Eres tú quien tiene que saber si quiere decírselo. Y —bajó la voz significativamente— si quieres asegurarte de que «te quiera». ¿Una chica tan guapa? Seguro que habrá alguien dispuesto a quitarte el puesto si no consigues encontrar el modo de decirle cómo te sientes. ¿Qué mejor modo que con un regalo como este?

No me gustaba lo que le había hecho a Norbert, pero sus palabras resultaban muy persuasivas. Era cierto que para conseguir algo siempre hay que hacer algún sacrificio. Era de esperar que el Espantapájaros hubiera perfeccionado su técnica. Y no harían falta más sacrificios. Y si conseguía presentarme ante Dorothy con un ejército —un ejército de verdad— por fin me perdonaría por mis errores.

—Pero él dice que le duele —alegué.

—¿Que le duele? —respondió el Espantapájaros con una risotada—. Tonterías. Míralo. Feliz como una perdiz.

Chasqueó los dedos ante el rostro del chambelán y Norbert volvió a dar vueltas sobre aquella chirriante rueda.

—La verdad es que parece satisfecho —dije.

—En realidad, el procedimiento es inocuo, ahora que he llegado a dominarlo. La verdad es que fue idea de Glinda. Una mujer magnífica. Yo ya tenía alguna idea, pero ella fue la que me dio el empujón final. La idea partió de mi propio caso.

—¿Qué quieres decir?

Él se tocó la cabeza con un dedo.

—El cerebro que me dio el Mago me va bien, no me malinterpretes. Pero hay muchas más cosas que quiero saber. Glinda me ha ayudado a potenciar el cerebro (sin ningún componente mecánico, obviamente), pero el truco está en la magia. Desde que hice esos cambios, soy un hombre nuevo. Me dediqué de lleno a este proyecto. ¡Y mira todo lo que he logrado!

—¿Estás haciéndole cambios al don que te entregó el Mago?

—El Mago es un buen tipo, pero su magia ni siquiera era de verdad: al menos no lo era entonces, aunque Glinda dice que quizás el Mago encontrara el modo de aprovechar la magia de Oz durante su gobierno sobre Ciudad Esmeralda. Pero la magia que manipulan ella y Dorothy es de la buena, chico, esa sí. Glinda se me presentó prácticamente en cuanto llegué al palacio, y me hizo una oferta que no podía rechazar. No te imaginas lo mucho que he ganado con mi cerebro nuevo. Antes de que Glinda usara su magia conmigo, nunca se me habría ocurrido experimentar con criaturas vivas de Oz. Tampoco habría sido capaz de hacerlo. —Mi miró fijamente a los ojos—. El orden de las cosas ha cambiado, Hombre de Hojalata. Ha empezado una nueva era en Oz. Y nosotros estamos en el centro de todo. Tú no querrás quedarte atrás, ¿no? No creo que a Dorothy le gustara mucho.

Dorothy. Los regalos del Mago. El Espantapájaros había hecho cambios en sí mismo y ahora era capaz de hacer más cosas. ¿Y si yo hacía lo mismo? Así Dorothy entendería que era merecedor de su amor. ¿Y si me presentaba ante ella con un ejército y con un corazón aún mejor y más grande? ¿Y si le demostraba que había hecho todo aquello por ella?

—¿Y puedes hacer algo así conmigo? —le pregunté—. ¿Con mi corazón?

Él sonrió.

—Me imaginaba que me lo pedirías. Y Glinda también.

Se giró hacia el chambelán.

—Ve a buscar a Glinda —dijo.

Norbert salió por la puerta, obediente, haciendo girar su rueda, que seguía chirriando.

Esperamos en aquella sala fría y oscura hasta que el chambelán volvió con Glinda, que flotaba tras él. Llevaba la larga melena rubia trenzada y recogida en un elaborado peinado, así como un vestido que parecía compuesto por miles de delicadas telarañas de color rosa brillante, muy ajustado alrededor de su fina cintura y con un gran vuelo que le cubría las zapatillas rosas. Las uñas y los labios los llevaba pintados de esmalte rosa a juego; en las orejas y alrededor del cuello brillaban unas piedras preciosas del mismo rosa. No era tan guapa como Dorothy. Desde luego, para mí nunca lo sería, pero entendí lo que decía el Espantapájaros.

—Queridísimo Hombre de Hojalata —dijo con su voz dulzona—. Qué alegría verte. El animalillo del Espantapájaros me ha dicho que has venido a que te hagamos mejoras por el bien de Oz?

—Por Dorothy —insistí con tozudez.

Glinda soltó una risita amable.

—Tu devoción es admirable, querido. Desde luego, Dorothy tiene suerte de tener un pretendiente como tú.

—¿Tú crees? —pregunté, poniendo en evidencia mis dudas.

—Por supuesto —respondió ella—. Debes entender que ahora mismo Dorothy está muy ocupada, además de abrumada por la responsabilidad que ha adquirido. Está preocupada por ti (no pienses lo contrario). Y yo sé que te quiere. Pero ahora mismo necesita que seas valiente, fuerte y que tengas confianza. Necesita contar contigo y que no le pidas nada.

—¿Ella me quiere? —le pregunté, inquieto—. ¿Te ha dicho que me quiere?

Glinda torció las comisuras de los labios en una sonrisa beatífica.

—No con esas palabras, pero no hace falta que me lo diga. Está clarísimo. Todos lo vemos. ¿No es verdad, Espantapájaros?

—Oh, claro —respondió este, distraído con el ajuste de uno de los mecanismos del chambelán.

—¿Lo ves? —me dijo Glinda, encantada consigo misma—. Te lo he dicho. Es evidente. Y ahora, ¿estás dispuesto a aportar tu granito de arena por el bien de Oz... y de Dorothy?

El Espantapájaros se giró, expectante.

—A la mesa —dijo.

Me dispuse a subir a la mesa, pero una mano invisible me agarró y me levantó por los aires, tirándome boca arriba sin más ceremonia. Levanté la vista y me quedé mirando la lámpara que me iluminaba el pecho.

—¿Me dolerá?

—No sentirás nada —dijo el Espantapájaros, inclinándose sobre mí.

Tenía unas tijeras en una mano y una herramienta metálica de varias puntas en la otra. Respiré hondo mientras él empezaba a cortarme en el pecho, levantando una placa de metal del tamaño de

un puño. Tenía razón: no sentí nada. Glinda me miraba sonriendo sin parar. Su mirada tenía algo casi amenazante, pero me recordé a mí mismo que aquello lo hacía por Dorothy.

El Espantapájaros hundió su herramienta en la cavidad de mi pecho y sentí unas pinzas que me rodeaban el corazón. Contuve una exclamación de sorpresa, pero Glinda ya estaba moviendo las manos, creando una nube de aquel material rojo brillante que ya había visto antes y que llenó la sala, como si estuviéramos dentro de un acuario. Se concentró en una masa que flotaba sobre mí, emitiendo una luz misteriosa. De pronto empezó a caer sobre mí como si fuera una tormenta en miniatura. Estalló un relámpago rojo y un trueno que resonó en la sala. Las nubes empezaron a arremolinarse, cada vez más rápido, formando una especie de tornado que se estiró cada vez más hacia abajo, hasta entrar en contacto con la herramienta de metal que me aferraba el corazón.

La descarga de energía me atravesó, lanzando chispas rojas en todas direcciones. Quizá debería de haber estado asustado, pero la sensación era increíble, como si tuviera todo Oz en la palma de la mano. No era de extrañar que Dorothy fuera diferente, si tenía un poder como aquel. Sentía que podía controlarlo todo, hacer cualquier cosa, y no era más que un canal del poder que el Espantapájaros estaba inoculando en mi corazón. Mi pequeño corazón de trapo se elevó, flotando, chisporroteando al recibir la magia de Glinda.

—Creo que ya basta —dijo Glinda.

Poco a poco, el torbellino de magia fue reduciéndose y desapareciendo en el interior de mi pecho. Una vez extinguido, el Espantapájaros retiró su herramienta, la luz roja desapareció y la tormenta mágica se disipó en el ambiente frío y húmedo de su laboratorio.

—¿Lo ves? —dijo, tan contento—. Coser y cantar. No ha sido nada. Eres un hombre nuevo.

Cogió un soldador de un estante y se apresuró a sellar el agujero que me había hecho en el pecho. Levanté la cabeza y me tanteé el parche. Sentía el corazón diferente. Era difícil de explicar. Como más pesado, pero de algún modo también más auténtico.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Glinda, acercándose y apoyándose su fina mano en el hombro.

Me miré las manos, las agujas y cuchillas que me habían salido en lugar de dedos. De pronto tuve la convicción de que tenían pleno sentido. Eran herramientas, nada más. Herramientas que necesitaría en el Oz de Dorothy.

—Me siento estupendamente —dije, y ella pareció algo aliviada.

Quizá no estuvieran tan seguros como parecían de que el truco de magia del Espantapájaros fuera a funcionar. Pero eso ahora no importaba. Había funcionado... y yo había cambiado. Era más fuerte, más valiente. Y estaba más decidido que nunca a hacer lo que fuera para defender a Dorothy.

El Espantapájaros me sonrió, satisfecho. Quizás, en mi opinión, demasiado satisfecho. ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando en secreto en aquellos experimentos? ¿Qué más le ocultaban a Dorothy él y Glinda? Pero no quise hacer patentes mis sospechas. Ahora éramos dos los que jugábamos al mismo juego. Y mi as en la manga era el corazón del Mago, mejorado. En la manga... o en el pecho, en realidad. Lo sentía palpitando, irradiando energía.

—Traed a los winkies que quedan y preparadlos para la transformación —dije.

Norbert levantó la cabeza y me lanzó una mirada lastimera con su ojo bueno.

—Pero, señor... Esto no es natural. Lo que me han hecho...

—Ya estoy harto de ti —dije con un gruñido, acercándome—. No hay lugar para los disidentes en el nuevo orden. Espantapájaros, quiero que los del nuevo lote sean más obedientes.

Y con un movimiento ágil y decidido lancé la mano adelante y le rebané la garganta a Norbert, que se desplomó con el pecho cubierto de sangre.

—Ese era defectuoso —dije—. La próxima vez hazlo mejor.

El Espantapájaros y Glinda me miraron, con una expresión indescifrable en el rostro.

—Como deseas, Latas —dijo el Espantapájaros—. Como deseas. El ejército de Dorothy será la fuerza más perfecta que pueda crear. Ahora ve a buscarme soldados.

—Cuando haya acabado tendrás a todos los munchkins de Oz al servicio del ejército de Dorothy —dije.

No había duda: con Dorothy, Oz iba a ser un lugar muy diferente.

NUEVE

Cuando el Espantapájaros acabó de soldarme, Glinda se fue, diciendo que tenía cosas que resolver con Dorothy.

—¡Qué mujer! —dijo él, suspirando de admiración al verla salir—. ¿Tú crees que tengo alguna oportunidad?

—No —dije yo—. Pongámonos manos a la obra.

Solo quedaba un puñado de winkies. El Espantapájaros fue trayéndolos por turnos. Por mucho que les explicábamos que lo único que íbamos a hacer era mejorarlos, ellos no paraban de suplicar por sus vidas.

—Desde luego, podían haberte nombrado rey de un pueblo con algo más de dignidad —murmuró el Espantapájaros.

No le hice ni caso.

Operamos a seis winkies en total. Todos menos dos sobrevivieron al proceso. Al acabar, el Espantapájaros los alineó en un extremo de sus aposentos, donde se quedaron de pie, parpadeando en silencio, esperando recibir órdenes.

Cuando acabamos, al menos se limpió la sangre de su cuerpo de paja con un trapo.

—Tengo que hacerme con un delantal —comentó mientras se frotaba una mancha rebelde—. Esto cuesta mucho de sacar. ¿Estás listo para enseñarle tus muchachos a Dorothy?

Me sentía confiado y seguro de mí mismo mientras trabajábamos, pero ahora que me enfrentaba a la perspectiva de presentarme de nuevo ante Dorothy me entraron las dudas. ¿Y si no le parecía bien? ¿Y si los soldados no eran lo suficientemente buenos? El Espantapájaros me observaba muy atento: me di cuenta de que debía de ser demasiado evidente lo que sentía. No quería fallarle de nuevo. No podría soportarlo.

El Espantapájaros ordenó a los winkies que se pusieran en marcha, y ellos lo hicieron con una sincronización escalofriante, moviendo los brazos y las piernas con una rigidez digna de robots, todos exactamente al mismo tiempo. Les seguimos al exterior. Paré a un criado munchkin que pasaba por allí —que se quedó mirando a los soldados winkies con inquietud— y nos dijo que Dorothy estaba tomando el sol en su solárium. El Espantapájaros me dejó la dirección de los soldados, que procedieron por el pasillo. Respondían a mis órdenes con la misma precisión ciega y automática con que habían respondido a las suyas. Su obediencia me tranquilizó. ¿Cómo no iba a quedar encantada Dorothy?

Mi amada estaba sobre una lujosa tumbona de su solárium, vestida con un largo vestido vaporoso y con la mano tendida hacia una doncella que le pintaba las uñas. Otra joven estaba detrás de la tumbona, cepillándole el cabello. Dorothy llevaba sus brillantes zapatos de tacón, que

emitían una luz roja fluorescente que me llamó la atención, despertando una llamarada de emociones. A los pies de Dorothy había una bolita de pelo negra: tardé un rato en reconocer en ella a *Toto*, que estaba acurrucado. El perro se puso en pie de un salto, agitado, y salió corriendo hacia nosotros, soltando unos ladridos agudos y dando vueltas sobre sí mismo. Me paré a rasarle el cogote con mis cuchillos. Dorothy levantó la mirada al vernos entrar: su rostro perfecto se convirtió en un ceño fruncido.

—¿Qué demonios haces aquí? No te he llamado —dijo, y un momento después puso unos ojos como platos al ver a los soldados—. ¿Y qué demonios es «eso»? Hombre de Hojalata, te dije que no quería ver más a esos roñosos winkies. ¿Y qué les pasa en los brazos?

Hiné una rodilla en el suelo ante ella, pero su expresión no cambió.

—Queridísima Dorothy, debes entender que nuestra máxima preocupación es tu seguridad. Hemos estado trabajando para crear un ejército digno de ti, como te prometí.

Dorothy me miró frunciendo aún más el ceño.

—Te dije que quería un ejército de verdad, Latas, no este..., este zoo de mascotas peludas.

El Espantapájaros dio un paso adelante, inmiscuyéndose en la conversación:

—Ah, Dorothy, por supuesto. Y por eso el Hombre de Lata y yo hemos trabajado día y noche para crear un nuevo tipo de soldado a tu servicio. Préstales un poco de atención, eminencia.

Dorothy relajó algo el gesto. Se puso en pie, tirando el frasco de esmalte de uñas por el suelo y obligando a la doncella a limpiar el estropicio a toda prisa. Se acercó a los winkies mecanizados, con *Toto* corriendo arriba y abajo entre nosotros. Los estudió cuidadosamente.

—El Hombre de Lata te hará una demostración —dijo el Espantapájaros.

Me puse en pie y ordené a los winkies que marcharan por la sala, después de que ejecutaran varias maniobras coordinadas. Dorothy los observó asombrada, aplaudiendo al verlos dar vueltas arriba y abajo.

—Esto es fantástico —exclamó—. ¿Se te ha ocurrido a ti?

Quise responder, pero enseguida me di cuenta de que se dirigía al Espantapájaros.

—He tenido ayuda —dijo con modestia.

Esperaba que mencionara las horas que había dedicado a ayudarlo, pero no dijo nada al respecto.

—Has hecho un trabajo magnífico —dijo Dorothy, dándole un abrazo que debía haber sido para mí.

El latido de mi nuevo corazón se aceleró y se llenó de rabia. Yo había sido el que había traído a los winkies, el que había tenido la idea de crear un ejército para Dorothy y el que la amaba. ¿Cómo se atrevía a usurpar la gratitud que debía haber sido para mí? Dorothy soltó al Espantapájaros y se giró hacia mí.

—Gracias a Dios que tengo a «alguien» útil a mi alrededor —dijo con un suspiro.

—Pero, Dorothy —repliqué—, no podría haberlo hecho sin mi ayuda ni sin mis winkies. El ejército ha sido idea mía, no suya.

—Oh, Latas —dijo ella, dándome una palmadita en el hombro. Sentir el contacto de su piel era algo maravilloso—. Sé que haces lo que puedes, de verdad. Pero siempre me fallas. ¿Cómo voy a poder contar contigo? No tienes ni idea de lo difícil que es gobernar un reino. Prácticamente me

provoca migrañas. Y ni siquiera he podido encontrar una doncella capaz de darme un masaje de pies decente. ¿Tienes idea de la presión a la que estoy sometida?

—No, por supuesto que no —respondí humildemente. Me sentía fatal. No podía soportar ser un peso más que se sumara a sus cargas.

—Entonces entiendes mi problema. Necesito confiar en ti, Latas. Dices que quieres defenderme, y eso es muy noble por tu parte. De verdad que lo agradezco. Pero no dejas de cometer errores estúpidos, que otros, como el Espantapájaros, tienen que enmendar. Quiero nombrarte jefe de mi equipo de defensa personal, pero no puedo darte esa responsabilidad a menos que demuestres ser digno de ella.

Caí de rodillas, agarrándome a su vestido.

—¡Haré lo que sea! —supliqué—. ¡Lo que sea!

En ese momento, Glinda entró flotando suavemente en la sala, con gesto de sentida preocupación.

—Dorothy, ¿qué demonios está pasando? Se os oye desde la otra punta del pasillo —dijo, mirándome a mí y a Dorothy, y luego al Espantapájaros, que nos observaba regodeándose. Entonces vio a los winkies— ¡Oh! —exclamó—. ¡Un trabajo excelente! Espantapájaros y Hombre de Hojalata, os habéis superado. Son unos protectores perfectos para la nueva soberana de Oz.

Dorothy cerró la boca de golpe y me miró, sorprendida.

—¿Tú has ayudado?

—Sí, Dorothy —dije en voz baja.

—¿Y por qué no has dicho nada? De verdad, Latas, a veces no sé qué hacer contigo. ¿Dónde están los demás?

—¿Los demás?

—Bueno, a esto no le llamaría yo un ejército —dijo, bajando el tono ostensiblemente—. Habrá más, ¿no?

—Dorothy —intervino el Espantapájaros—. No hemos hecho más que empezar. Tienes que darnos tiempo.

—Pues daos prisa. No tengo todo el día. ¡Imaginaos lo que será, cuando tenga mi propio ejército! —exclamó, dando saltitos por la sala como una niña.

El corazón se me hinchó de nuevo. Quería hacer todo lo que estuviera en mi mano para verla siempre así de feliz. Y cuando fuera feliz, podría ser mía, entonces sí. No le fallaría más. Sabía lo que tenía que hacer.

—Te daré un ejército, Dorothy —le aseguré—. Crearé para ti un ejército como nunca se ha visto en Oz. Nadie podrá hacerte daño, ni siquiera se atreverán a intentarlo.

Dorothy interrumpió su baile y abrió los brazos.

—¡Ojalá la tía Em y el tío Henry pudieran verme ahora! —se lamentó.

Detrás de ella, Glinda sonreía, aunque solo con la boca, no con los ojos. Los winkies permanecían inmóviles, en posición de firmes, con sus grotescas manos metálicas en la frente, en un saludo militar idéntico en todos ellos. El Espantapájaros estaba a mi lado, riéndose por dentro, y *Toto* corría y daba saltitos por toda la sala. Yo sentía el corazón henchido de ilusión en el pecho; tanto que daba la impresión de que fuera a reventar su cobertura metálica. Era como si los zapatos

de Dorothy latieran con un resplandor rojo encendido al mismo tiempo en mi pecho. Me giré hacia el Espantapájaros.

—Prepara tu laboratorio —le dije, lo suficientemente alto como para que Dorothy me pudiera oír—. Mañana los soldados y yo nos vamos al interior. Necesitamos nuevos reclutas para el ejército de Dorothy.

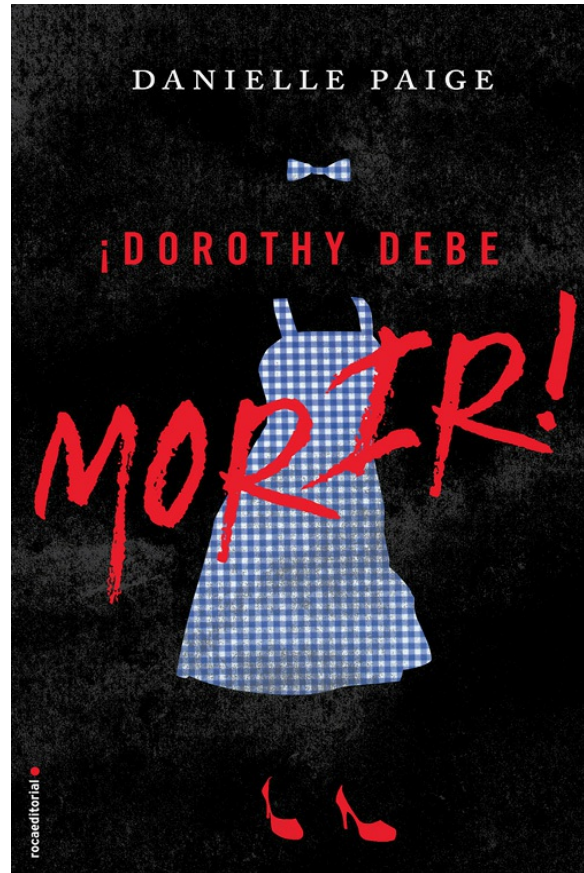
—La gente no se apuntará tan fácilmente —respondió el Espantapájaros, en voz baja.

Más que sentir el latido de mi corazón, lo oía.

—La gente no va a tener elección —dije.

Dorothy se rio, encantada. Por ella, devastaría los pueblos de Oz si fuera necesario. Ahora todo era diferente. Y todo seguiría cambiando. Por fin Dorothy había regresado a Oz.

Otros títulos que te gustarán



¡DOROTHY DEBE MORIR!
de Danielle Paige

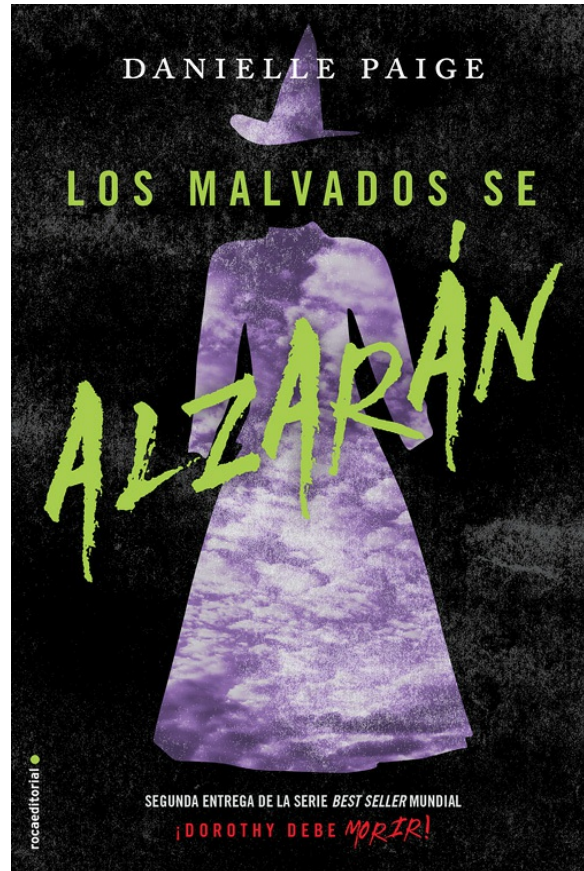
Me llamo Amy Gumm...y soy la otra niña de Kansas. He sido reclutada por la Revolucionaria Orden de los Malvados. Me han entrenado para luchar. Y tengo una misión.

ELIMINAR el corazón del Hombre de Hojalata,

ROBAR el cerebro del Espantapájaros,

ARREBATAR el valor al León.

Y luego... DOROTHY DEBE MORIR.

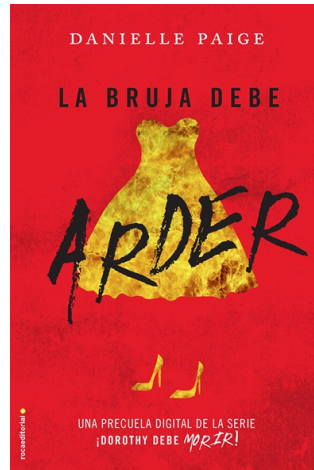


LOS MALVADOS SE ALZARÁN de Danielle Paige

HA LLEGADO UNA NUEVA CHICA A OZ. VIENE DE KANSAS
Y TIENE UNA MISIÓN:

ENCONTRAR A DOROTHY,
DESTRUIR EL CAMINO DE BALDOSAS AMARILLAS
SALVAR SU HOGAR.

Segunda entrega de la serie *best seller* mundial
¡Dorothy debe morir!



*COMO EN OZ, EN NINGÚN SITIO,
LA BRUJA DEBE ARDER
Y
EL RETORNO DEL MAGO,
SOLAMENTE DISPONIBLES EN E-BOOK.*



Títol original: *Heart of Tin*

© Full Fathom Five, LLC, 2015

Publicado en acuerdo con HarperCollins Children's Books, un sello de HarperCollins Publishers.

Primera edición en este formato: enero de 2017

© de la traducción: Jorge Rizzo

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-16867-03-5

Prohibida la reproducció, la transmissió total o parcial d'aquest llibre sota cap forma ni per cap mitjà, electrònic ni mecànic (fotocòpia, enregistrament o qualsevol mena d'emmagatzematge d'informació o sistema de reproducció), sense el permís escrit dels titulars del copyright i de la casa editora.